

1
CHAMBÉRY
MARTES, 20 DE MAYO DE 2003
A LAS 11:48

CON OSCAR, AMBROSIO SE EQUIVOCÓ SIETE VECES. Al verlo entrar al vagón restaurante lo supuso un italiano meridional, y pocos instantes después, un *playboy* francés. Erró en ambos casos. Lo supo apenas iniciaron un primer intercambio.

A poco, creyó descubrir en el personaje a un romántico *byroniano* enamorado de una mujer griega. Tercer y cuarto error.

Luego, cuando Oscar le mencionó que acababa de cobrar una herencia, se imaginó un caballero solvente; y si viajaba en tren debía ser por miedo a los aviones. Y por fin, al verlo aparecerse de improviso con aquella pesada maleta, se temió que fuese un ladrón de trenes.

En total, siete conjeturas fallidas.

Entre París y la frontera italiana, los Trenes de Gran Velocidad se detienen solo en Chambéry y en St.-Jean de Maurienne. Pero antes de disfrutar la amenidad del Jura o evocar la proeza de Aníbal sorteando con sus elefantes los precipicios alpinos, el pasajero debe soportar los llanos monótonos por donde fluyen el Loira, el Saona y el Ródano.

«Aburrido como la provincia de Buenos Aires», pensó Ambrosio.

La Francia rural al sur de París, bajo un cielo nublado, con una llovizna gris, vista desde el vagón restaurante de un TGV, invita a la somnolencia, al mal humor, y en el caso de Ambrosio, a beber y comer por angustia.

El paisaje no existe; sobre todo para un gordo de un metro ochenta y cinco; porque sentado de frente al gran ventanal corrido, los ojos de Ambrosio quedan a la misma altura de una franja horizontal cromada, divisoria de los grandes cristales. La observación del exterior le imponía estirarse mucho para mirar por encima, o torturarse vientre y cuello al agacharse para mirar por debajo de la franja cromada. Aún así, la zanja por donde reptan casi escondidos los vagones del TGV, solo permite ver, desde abajo, el cielo y sus taludes fugaces.

Por otra parte, la *grande vitesse* no daba tiempo a leer los carteles de las estaciones para siquiera matar el tedio buscándolas en un mapa. Y personas neuróticas, acostumbradas a leer en silencio, tampoco podían refugiarse en los libros. A la tercera página, Ambrosio cerró el suyo. Lo distraía el constante roce en el codo que le provocaba el ir y venir tambaleante de los viajeros por el pasillo. Y un gordo de 130 kilos no tenía cómo recoger el codo hacia adentro. Lo distraía también el soplo trepidante, y el reiterado rugido del aire al penetrar en los túneles. Imposible leer.

Una muchacha, empleada de la red de ferrocarriles franceses, se le acercó para invitarlo a colaborar con una encuesta y dar su opinión sobre aquel viaje. Ambrosio se limitó a declarar: «Este viaje me aburre y me engorda. Nunca volveré a coger un TGV en mi vida. Prefiero la diligencia o el avión».

La encuestadora garabateó una nota y sonrió indulgente.
—*Je vous remercie de votre sincérité, Monsieur.*¹

1.- En francés «Le agradezco su sinceridad señor».

Y ya con la mano en la puerta, se volvió para dirigirle otra sonrisa. A dos horas de viaje, aquel gordo era el único pasajero que le daba una respuesta franca y divertida.

Ambrosio le devolvió una mirada hostil, sin comprender que la muchacha le agradecía su pizca de sal en la insipidez de aquel trabajo.

Apenas salió la encuestadora, entró al vagón un hombre seguido de un golpazo de la puerta corrediza, que levantó varias miradas de reproche.

El tren avanzaba sobre un tramo que le imponía fuertes vaivenes y dificultaba el tránsito por los pasillos. Sin embargo, ante las chaplinescas muecas y piruetas con que el hombre equilibraba su cuerpo, la irritación de los comensales y lectores interrumpidos por el portazo, se convirtió en sonrisas; y a juzgar por su actitud burlesca de rodilla alzada y cuello torcido, sobreactuaba a propósito sus dificultades, para divertir a los demás.

Piel morena, cincuentón, esbelto, muy apuesto, vestía con una elegancia audaz y descuidada: camisa roja sin corbata, chaqueta *beige*, pantalones grises. En sus desequilibrios de cuerda floja se le despeinaba una hermosa cabellera negra, entrecana. Cuando el hombre llegó por fin, en medio de sus cabriolas, al mostrador de servicio contiguo a la cocinita, y se aferró del borde con muecas y bizquera de náufrago en las últimas, las dos camareras italianas soltaron una risa estentórea. Acto seguido, el hombre se puso a chancear con ellas en su idioma. Ambrosio, al observar que las muchachas no paraban de reírse, se lo imaginó muy gracioso. Un interlocutor así, era lo que él necesitaba para no llegar a Milano enfermo de tedio.

Por lo extrovertido y simpático, por su color de piel, y por su fluidez en el diálogo con las camareras, era lógico que Ambrosio lo supusiera un meridional italiano.

Momentos después, el hombre se acercó con una bandejita al ventanal donde Ambrosio se empuñaba una cerveza. En la otra mano empuñaba un *panino* de *prosciuto* y *provolone*.

En excelente francés, el hombre pidió permiso para sentarse y poner su bandeja en el único espacio libre sobre la mesa, entre Ambrosio y una señora. Para no abarcar demasiado, colocó sobre la mesa su botellita de burdeos y una *quiche Lorraine*.

El dominio del idioma y la *quiche* (que no se comería ningún italiano meridional en un tren donde se vendan *panini*), sumados a la edad y el histrionismo del personaje, indujeron a Ambrosio a cambiar de idea. Quizá fuera más bien un *play-boy* añejado, y con toda probabilidad francés.

So pretexto de indagar cuál sería la próxima parada, Ambrosio provocó un diálogo que le fue descubriendo a un estupendo conversador. Se llamaba Oscar. Una caja de sorpresas, el tipo.

La primera sorpresa, su nacionalidad: era inglés. Con ese cutis moreno y su pelo oscuro, nadie lo habría supuesto; y menos al oírlo hablar francés e italiano con aquella fluidez y buen acento.

De entrada, Oscar le informó que se dirigía a Atenas, su lugar de residencia.

—*Oh là là...* ¿Hasta Atenas en tren, desde París?

—En realidad, desde Londres —y le explicó que tenía billetes de tren hasta el sur de Italia. En Bari, abordaría el ferry.

Por las ropas y modales no aparentaba falta de recursos.

Y si era solvente ¿por qué viajaba entonces por tren y en segunda?

—No me diga que lo asustan los aviones... —aventuró Ambrosio.

—Nada de eso: adoro los aviones; pero ando corto de dinero y un vuelo hasta Grecia me costaría cuatro veces más.

Cuando supo que Ambrosio era argentino, elogió Buenos Aires, una ciudad adorable, y sobre todo, el sur, el Estrecho de

Magallanes, los Andes australes, y ah, oh, Nahuel Huapí, Bariloche, lugares inolvidables. A poco, tras presentarle excusas como inglés, por lo que calificó como la «pérfida Guerra de las Malvinas», dedicó un rato a despotricar contra la alianza «de americanos y británicos en Irak». Para gran sorpresa de Ambrosio, ante un desconocido como él, se valía de expresiones como «crimen de lesa humanidad», «fin de la civilización...». Según él, Bush y Tony Blair eran dos «criminales de guerra», «ladrones de petróleo» que además, estaban destruyendo Bagdad, su historia, su cultura.

Hablaba con pasión y suavidad.

Ambrosio le encontró un parecido con Omar Sharif.

De modo que el italiano meridional, *playboy* francés que imaginara al principio, era un inglés radicado en Grecia, y a todas luces de izquierda. Sorpresas te da la vida...

Cuando le reiteró que vivía en Atenas, Ambrosio no resistió curiosar qué intereses lo radicaban allá.

—El amor al país y... otros amores.

—¡Ah, otro Lord Byron! —bromeó el argentino.

—No, un modesto arqueólogo.

Ambrosio, 58 años, profesor de literatura francesa en la Universidad de Buenos Aires, le dedicó un ademán admirativo, de cejas alzadas.

Oscar le añadió que residía en Atenas, pero solo pasaba allí los fines de semana. El resto del tiempo dirigía excavaciones en las Cícladas.

—No imaginé que todavía quedaran ingleses por ahí, agujereando Grecia.

—Privilegios de la herencia colonialista —comentó Oscar con una mueca culpable.

Interesado por su formación, Ambrosio se enteró de sus estudios en Cambridge, Trinity College...

—¿Una beca de estudios? —se lanzó a adivinar Ambrosio cuando ya era demasiado tarde para ahorrarse la indiscreción.

—No, mi familia tenía recursos.

«¡Putra madre, qué cagada! Tenés casi 60 años y seguís siendo el mismo boludo de siempre. Que el tipo ande ahora corto de guita no significa que siempre haya sido un atorrante...».

Para cambiar de tema, se interesó por su color, demasiado oscuro para un inglés.

—Se lo debo a mi madre...

¿Italiana? ¿Griega?

Ambrosio prefirió no adivinar y evitarse otra indiscreción.

—Nació y se crió en la India.

Para ser inglés, Oscar no era nada introvertido. En pocos minutos, Ambrosio se enteró de que la señora india, originaria de una familia brahmánica, tras casarse con un coronel inglés, *my father*, se convertiría en una escritora de cierto éxito en los años cuarenta y cincuenta, con sus novelas de ambiente indostánico.

—La nostalgia produce a veces buenos escritores.

—Ella no lo fue; y por añadidura, se convirtió en una anglófila desvergonzada —comentó Oscar—. No nos llevábamos bien. Ella llegó a odiarme. Sin embargo, se acordó de mí en su testamento.

—¿Hace mucho que falleció?

—No, un par de semanas. A Londres fui para cobrar su herencia.

Ambrosio imaginó una madre siniestra, capaz de pesadísimas bromas póstumas, como la de provocar un traslado de Oscar desde Atenas a Londres para cobrar una herencia que no le servía ni para costearse un regreso aéreo. Pero el inglés debió leerle algo en la cara y se adelantó a esclarecer:

—En realidad fui a cobrarla, pero no he tocado un penique: la regalé entera.

Aquello era lo primero que a Ambrosio le sonaba falso y estuvo a punto de soltar un comentario agresivo, pero logró atenuarlo:

—Le confieso que cuando alguien a quien acabo de conocer expresa tanto desdén por el dinero, yo tiendo a ponerme en guardia.

—Es lo más indicado, sobre todo en un tren –sonrió Oscar, indulgente–; pero yo rompí con mis padres cuando era un niño y me sentiría humillado si ahora les aceptara su dinero.

A boca de jarro, Ambrosio le preguntó a cuánto ascendía la herencia.

—Fueron solo 35.000 libras; pero las repartí completas en una noche, entre desconocidos borrachitos londinenses.

—Me siento un personaje de novela –acotó Ambrosio, y desplegó ambos brazos para señalar el entorno.

Oscar se quedó mirándolo, desconcertado.

—Tenga en cuenta que en la vida real la absoluta mayoría de la humanidad nunca ha estado en un Tren de Gran Velocidad, con un viajero de clase turista enfrente, capaz de regalar 35.000 libras esterlinas a una pila de borrachos. ¿Me permite invitarle a otro cuartillo de vino?

—Cómo no, con gusto.

Ambrosio se levantó con inesperada agilidad y al volver con su cerveza y el vino, traía el propósito de apurar al máximo aquel insólito diálogo.

—¿Y no hubiera sido más humano donar la herencia a un asilo de niños pobres? –y lo miró a los ojos mientras destapaba su cerveza.

Esperaba que aquella provocación estimulara al inglés.

—Tal vez, sí... Pero aquel dinero me quemaba las manos; y quería librarme de él cuanto antes, sin obtener gratitud a cambio, ni beneficios... Por eso me propuse regalarlo a desconocidos que nunca me lo agradecieran: Hola Tom, gusto de verte, mira, ahí tienes lo que te debo... Les tiraba mil o dos

mil libras sobre la mesa y desaparecía sin darme tiempo para grabar rostros, gestos de sorpresa, nada.

—¿Y solo regaló el dinero a tipos borrachos?

—Sí, entraba a un *pub*, me situaba junto a la barra, examinaba el ambiente, e iba directo al escogido.

—¿Y por qué solo a ellos? ¿Alguna predilección especial?

—Es que los borrachos son siempre más accesibles y confiados.

—Sí, es verdad —admitió Ambrosio—: a un hombre sobrio no es fácil abordarlo y regalarle dinero. Enseguida desconfía, supone trampas...

—Y como los míos eran verdaderos alcohólicos anónimos, yo también aseguraba mi anonimato.

A esas alturas Ambrosio no dudaba ya. Los gestos, su voz, todo, le resultaba muy auténtico. Un cristal, el tipo; y carente de toda reticencia. El compañero perfecto para un viaje largo y aburrido; y oportunísimo cuando aún faltaban más de tres horas para llegar a Milano.

La nueva sorpresa, y no la mayor ni la última, vino cuando quiso indagar por la persona que lo atrajera a Atenas.

—¿Fue una griega? —le preguntó.

—No, fue un joven libio —confesó Oscar y lo miró de frente.

Ambrosio, desgarbado, sin mentón, gordo, miope, lamentó no tener aquella figura, simpatía y personalidad... Si lo hubiese querido, aun a su edad, Oscar tendría una legión de mujeres bellas corriéndole atrás.

Pero de golpe, sin transición, la sonrisa del inglés se transformó en un rictus de dolor; y tras dos copiosos lagrimones, se le enrojeció el borde de los párpados. Bajó la cabeza y comenzó a pasarse la mano por el pelo.

Ambrosio guardó silencio para darle tiempo a serenarse. Cuando se recobró, le sonrió una disculpa. Su tez muy morena, empalidecida de súbito, le daba un patetismo y una hondura a la mirada que nadie podría fingir.

Ya no volvió a llorar. Un mechón gris se le cayó sobre la frente; y con la vista perdida entre los nevados de los Alpes savoyanos, le confesó cuánto había amado a ese muchacho, un tal Abdel.

—Pero a fines del verano pasado, me abandonó.

Abdel se marchó un día del apartamento que compartieran durante varios años en Atenas y le dejó una carta para anunciarle que volvía a Libia. Quería casarse, tener hijos y dar buena vejez a sus padres. Seguía amando a Oscar; pero ya tenía 25 años y consideraba que aquella pareja no tenía futuro. Por el bien de los dos, iniciaría una nueva vida.

—Y al final se despidió con la noticia de su boda en Bengasi, la semana siguiente. El padre se ocuparía de todo, y el suegro iba a regalarles un apartamento.

Oscar alzó los hombros en una actitud de desconsuelo.

—Muy desconsiderado —comentó Ambrosio—: Debió advertírsele antes y en persona.

Fue lo único que se le ocurrió para llenar el repentino y angustioso silencio.

—Sí, muy desconsiderado. Hasta el propio Abdel lo reconoció en su carta: al final me pedía perdón por no haber tenido el valor de despedirse cara a cara; y yo se lo perdoné. Es un muchacho tan frágil...

Más calmado ya, le reveló que desde el inicio de su convivencia en Atenas, Abdel viajaba cada dos o tres meses a Libia para ver a su familia: y sobre todo a su padre, al que veneraba; pero del último viaje volvió muy raro, esquivo, algo sombrío. Oscar no lograba precisar qué le sucedía.

Aquella nota le permitió comprender. Al ver que Abdel había recogido ya todas sus pertenencias, Oscar reaccionó con serenidad. Esa noche durmió bajo una fuerte dosis de somníferos y al otro día, su instinto de conservación le impulsó regresar a las Cícladas para atiborrarse de trabajo y olvidar sus miserias. Durante siete meses, trabajó en unas excavaciones a cielo abierto, de sol a sol. Dio largas caminatas y se fati-

gó a propósito. Por las tardes caía extenuado. Pero no logró olvidar.

A mediados de abril, cuando volvió a Atenas y entró al apartamento que compartiera con Abdel, su mal de amor le deparó una recaída anonadante. Se tendió en un sofá y lloró largo rato, sin consuelo. La marca omnipresente del amado, le generaba un vacío lacerante. Optó por alejarse y esa noche durmió alcoholizado en un hotel de mala muerte en el Pireo. Allí pasó dieciocho días horribles, entre barbitúricos y vino.

En un cuartucho sórdido, intentó dos veces suicidarse, pero no lo consiguió. Segundos antes de comerse un puñado de pastillas, en ambas tentativas lo contuvo un sentimiento de piedad, de dolorosa piedad por su persona, y de repulsa a su yo homicida, desdoblado para asesinar a un indefenso.

Convencido por fin de que no se mataría, reunió fuerzas para salir del letargo. Se afeitó por primera vez en más de dos semanas y vistió ropa limpia.

Cuando regresó a su apartamento en Atenas, cambió todo de lugar. Se desligó de indeseables reminiscencias y borró las huellas de Abdel. Y como al día siguiente recibiera la noticia de la muerte de su madre, pidió un dinero prestado y se marchó a Londres. La herencia no le interesaba. 20 años antes había jurado no aceptar nada de su familia; y él era un hombre de honor.

Su viaje a Inglaterra se debió ante todo a la esperanza de hallar algún trabajo que le permitiera alejarse de Atenas, del acoso que por mucho tiempo le impondría a su espíritu el recuerdo de Abdel. A la amada Grecia no volvería hasta que su corazón se aplacara, aunque mucho dudaba de que eso ocurriese algún día.

—A juzgar por el buen humor que exhibió con las camareras al entrar aquí, parecería que el viaje a Inglaterra le sentó muy bien.

Oscar volvió a sonreír y suspiró con un cabeceo que Ambrosio no logró desentrañar.

—Sucedió algo que no me esperaba.

—Abdel lo llamó –se anticipó Ambrosio.

—Exacto, el 17 de mayo, tres días atrás –y Oscar volvió a suspirar con aquel enigmático cabeceo, mezcla de incertidumbre, alegría, temor–. Está de regreso en Atenas y quiere verme.

—Qué bueno ¿y cómo supo que usted...?

—Cuando el portero del edificio le indicó que yo me hallaba en Londres, llamó al hotelito de un amigo mío, donde suelo hospedarme, y me dejó un número para localizarlo.

—¿Y usted lo llamó?

—Sí, me olí algo grave; y por cierto lo hallé muy descen-
trado, urgido de dinero... Habló de 70.000 euros que necesita para proteger a su padre. Dice que por conseguirlos está dispuesto a cometer alguna barbaridad.

—¿Y tiene pasta para eso?

—No, no es violento. Pero me angustia, porque debe estar desesperado para hablarme de dinero. Siempre fue muy reservado en eso.

—Como sea, supongo que esa llamada debió de animarlo un poco ¿no?

—Sí... Saber que me necesita es un consuelo; me ha sacado de la fosa depresiva... He vuelto a bromear y a sonreír; pero todavía paso momentos de angustia.

—¿Le preocupa lo que pueda emprender Abdel?

—No tanto...; pero me duele saberme incapaz de ayudarlo cuando tanto me necesita.

Volvieron a irritársele los párpados.

—¿Y no lamenta haber desaprovechado su herencia?

—Sí; pero también me alegro...

Ambrosio se quedó mirándolo.

—Entregarle mi herencia a Abdel hubiera sido disponer de ella en mi propio interés... Habría traicionado un juramento; y eso también me habría afectado... Muchísimo, créame. Soy muy exigente conmigo mismo.

Volvió a morderse los labios y a sacudir la cabeza preocupado.

—De seguro va a surgir alguna solución.

—Es que nunca lo oí tan desesperado... —suspiró—; y no veo la hora de llegar a Atenas...

En eso desvió la vista hacia un periódico que alguien dejara sobre la mesita contigua, abierto sobre sus páginas centrales. De repente, con un ceñudo ademán de extrañeza, cogió el periódico de un manotazo y comenzó a masticarse la uña de un pulgar, y a encogerse absorto sobre la página abierta. Atrapado por la lectura, dejó a Ambrosio con la palabra en la boca. Olvidado de Abdel, de su regreso a Atenas y de toda elemental cortesía, se levantó poco a poco, como un autómeta; se alejó unos pasos sin dejar de leer, apoyó el periódico sobre una mesita alta, adosada a una columna de metal, y siguió de pie, cada vez más embebido.

Atónito, más avergonzado que ofendido, Ambrosio se volvió para observarlo. ¿Qué habría descubierto en el periódico? Un repentino rayito de esperanza lo indujo a preguntarse si los iraquíes no habrían convocado a Aladino, o a otro genio de *Las mil y una noches*, para desaparecer en masa al ejército invasor.

Oscar alternaba ahora su frenética lectura con frecuentes interrupciones. Sus movimientos se volvían muy rápidos, espasmódicos. Alzaba la vista al techo, se apretaba el mentón con apremio, se mordía los labios, o enfocaba «estupidizado» una lista de precios colgada encima del mostrador. Lo vio también mirar con inusitada intensidad como al interior de sí mismo, y tras una mueca de disgusto, dar dos puñetazos sobre la columna. Luego viró la cabeza hacia el ventanal y paseó la vista sobre los grises del cielo de Francia, con una expresión que sugería un obstinado esfuerzo por recordar algo.

Cuando se aproximaban a Chambéry, los frenos lo obligaron a tambalearse, pero no apartó los ojos del periódico ni regresó a la realidad del vagón restaurante hasta unos minu-

tos después, cuando lo despertara la inmovilidad del tren, detenido en la estación.

Se agachó un poco e inspeccionó el andén para indagar dónde se hallaba; pero siguió ignorando a Ambrosio. Tras otro rápido gesto de angustia, miró la hora y se tironeó una oreja. Ambrosio también, movido por un reflejo mimético. Eran las 11:48. Desde la Gare de Lyon, llevaban ya tres horas de viaje.

Sin despedirse, Oscar abandonó a toda prisa el vagón de la cafetería. Unos segundos después, Ambrosio lo vio reingresar hurgando en sus bolsillos, con el periódico bajo el brazo.

—Mucho gusto; le agradezco la compañía y el vino. Fue muy bueno conversar con usted. Buena suerte —y tras un apretón de manos y dejarle una tarjeta sobre la mesa, volvió a escurrirse sin esperar respuesta.

Ambrosio se enteró de que se llamaba Oscar Abercromby. Junto al nombre se distinguía una ristra de siglas académicas y sus señas en Atenas.

Unos instantes después, cuando el tren reemprendía su marcha, Ambrosio lo vio atravesar el andén frente a su ventanal. Caminaba muy rápido y cargaba una pesada valija.

Ambrosio comprobó con alivio que no era la suya.

¡Ufff...!

Tras el sobresalto, se preguntó de todos modos, si el inglés no se habría apeado con una maleta robada.

¿Sería de verdad un inglés?

¿Serían verdaderos su nombre y su historia?

Durante el resto de su viaje hasta Milano, Ambrosio procuró desentrañar el insólito comportamiento de aquel individuo, quienquiera fuese.

No impresionaba como un descuidista, ladrón de trenes, de los que arrebatan, segundos antes de reemprender el viaje, la valija de algún pasajero distraído. Pero sus piruetas de equilibrista, la jovialidad e histrionismo que exhibiera al entrar en la cafetería, tampoco jugaban con el amante abandonado y trágico que se confesara después.

¿Qué misteriosa noticia leída en aquel periódico lo induciría a apearse en una aislada ciudad de Savoya, al alto costo de faltar el siguiente día a su anhelada cita con Abdel en Atenas?

En todo caso, si era un embustero, merecía aplausos por su imaginación y originalidad.

2
ROMA
CAMPO DE' FIORI,
MARTES, 20 DE MAYO DE 2003
A LAS 12:00

EN 2002, MANFREDO PIROTTA IMPARTIÓ su primer curso en un liceo clásico. En el trato con muchachas menores de 17 años, carecía de experiencia. Tan jovencitas le infundían temor. Temor a sí mismo. Las veinteañeras eran menos peligrosas. Con ellas, sí, sus frecuentes aventuras amenizaron sin tropiezos casi una década de docencia universitaria.

Las niñas en edad de merecer lo atraían; porque una mujer hecha, a cualquier edad, es ante todo una mujer; y sus vacilaciones para aceptar el cargo en el liceo, emanaban del buen conocimiento que creía poseer de sí mismo. Su sensualidad le acarreaba conflictos desde niño. Y si ahora empezaba a frecuentar muchachas entre 12 y 16 años, corría el riesgo de meterse en líos gravísimos. Le sería difícil tratar como niñas a hembras consumadas, cualquiera que fuese su edad. Las alumnas, como los frutos, maduraban antes o después; pero todas tenían un punto de comestibilidad que lo avalaban sus olores, una mirada sostenida, el desparpajo de unos labios entreabiertos, el meneo de unas caderas al andar.

Para Manfredo Pirotto, la edad legal en que el Código Civil determinaba obligaciones y derechos ciudadanos nada tenía que ver con la edad de la hembra en su punto.

Por su parte, a los 47 años, él era todavía un hombre apuesto, atractivo para cualquier estudiante liceal. Desde la infancia se acostumbró a que las mujeres lo persiguieran; y era goloso. No sabía ni intentaba abstenerse. Cuando una mujer decidida y bella se le ofrecía, él no se hacía rogar. Fuera quien fuese.

Venido a Cerdeña 23 años antes para entregarse al estudio de la lengua y tradiciones sardas, se instaló en Cagliari y se casó con Sandra. A fines del 81 les nació Giorgio, y en el 87 vino Claudia. Por ese entonces, Manfredo se ganó una plaza docente en la cátedra de Letras Clásicas de la Universidad de Reggio, Calabria.

Sandra siguió en Cagliari al frente de Viajes Orsini, su pequeña agencia y principal sustento de la familia.

Manfredo permanecía en Cagliari desde la noche del jueves hasta la madrugada del lunes. Los otros tres días vivía y trabajaba en Reggio y sus alrededores. Era un lugar ideal para sus planes investigativos. Desde el Estrecho accedía con facilidad a las muchas comunidades de origen griego, árabe, albanés, venidas a Italia y Sicilia varios siglos antes. En apartadas aldeas, con su método inaugurado en Cerdeña, investigaba las reliquias de una literatura oral, vivas aún en el habla ancestral de los campesinos, pero condenadas a perecer víctimas del urbanismo, ultimadas por la TV.

Pero a mediados de 2001, tras caer en el desfavor del rector calabrés, que lo acusara de *docere quod non decet*², por enredarse con una bella profesora de Literatura, Manfredo abandonó a toda prisa Calabria y escenificó una inexistente disputa académica. Adujo que la intolerancia de las autoridades universitarias conspiraba contra su programa investigativo. Exageró su indignación con el rector, al que tildó de imbécil retrógrado.

2.- «Enseñar indecencias» en latín.

—Es un fósil —bramaba, durante la escena representada para consumo de su familia—; deberían embalsamarlo y donarlo al museo.

Terminó por jurar que no permanecería un día más en Reggio. E indujo a Sandra y sus hijos a renunciar a un viaje ya programado para las vacaciones. Estaba seguro de que en pocos días, los chismes de su *affaire* con la colega serían la comidilla en ambas riberas del Estrecho de Messina y ciudades aledañas. A toda costa debía impedir que llegaran a oídos de su familia. El rector, conocido por su mordacidad, los llamaba *sotto voce* «Priapo y Popea»; y en el edificio de la Universidad ya comenzaban a divulgarse algunos grafiti alusivos a los «doctos adúlteros».

De regreso a Cerdeña, Manfredo retomó sus pesquisas sobre la poesía oral improvisada. Dominaba varios dialectos de la lengua sarda y el catalán arcaico que aún se habla en la zona de Alghero; pero como en las universidades de la isla no encontró plaza para un docente de lenguas o literaturas grecolatinas, pese a los escrúpulos iniciales terminó por aceptar aquel puesto en el Liceo Clásico Massimo Fois, en septiembre de 2002.

Desde luego, ocurrió lo inevitable: Su estatura, su buen porte y rubicundez de galo cisalpino, desató inmediatas pasiones entre sus pequeñas alumnas de rasgos púnicos. Tartamudeaban en su presencia, y tras la pantalla de sus largos y nigérrimos cabellos lacios, lo admiraban a hurtadillas; y si una preferencia tenía el omnívoro Manfredo, eran por cierto esas mujeres morenas de pieles sonrosadas, en que predomina el ancestro mediterráneo. Las apreciaba sobre todo de poca estatura, con cinturas estrechas, manuales, para lucir sus formidables bíceps en lucidas acrobacias eróticas.

Desde el primer día, en un grupo del tercer nivel de Latín, donde la edad promedio era de 15 años, varias muchachas le dedicaron tímidos coqueteos; pero Gloria Múndula, que tenía los 16 cumplidos, le presentó batalla con la decisión de un

experimentado *condottiero*. Cuando lo enfocaba con sus ojos negros, él se sentía encañonado por una batería de anchas bocas, y no atinaba sino a turbarse.

Era una chiquilla descarada y por eso mismo, muy excitante. A dos semanas de iniciado el curso, Manfredo proyectó varias diapositivas numeradas, con ejemplos de la estatuaría romana. Era una comprobación de rutina, para que los alumnos reconocieran los períodos y estilos que él explicara en una clase reciente. Y Gloria, incapaz de reconocer nada, se puso a escribir disparates acerca de las anchas espaldas de un púgil sentado, su nariz griega, su cabeza leónina, y con todo respeto, soñaba con «tironear un día de unos alocados rizos rubios, como los del púgil sentado, por cierto idénticos a los de mi profesor».

Ante un ataque tan suicida, Manfredo recordó la toma de Sicilia por Garibaldi. Levantó la vista y miró en derredor, para asegurarse de que nadie estuviese a sus espaldas leyendo lo mismo que él. Absurdo: su mujer e hijos solo podían entrar por la puerta de enfrente.

Al releer el fragmento, volvió a reaccionar con alarma, sorpresa y una erección inmediata. Se imaginó sus rizos rubios tironeados, y sus orejas apretadas por los fuertes músculos de Gloria en medio de gemidos lascivos. Pero en su firme propósito de no meterse en líos, optó por ir a la cocina, servirse un vaso de vino blanco y pasarse un pedazo de hielo por la nuca, para seguir calificando a otro alumno.

Al trabajo de Gloria, optó por asignarle una inmerecida nota media, y se abstuvo de comentar el escabroso parrafito final.

Gloria no solo era audaz, sino certera en su intuición amorosa, como todas las mujeres fatales. A los 16 años conocía a los hombres como nunca los conocería la mayoría de las adultas. Desde niña manipuló a sus primos, vecinos y condiscípulos.

Enseguida captó que su profesor de latín era pan comido. Clarividente y segura de sí, entendió que el muy pusilánime

temía enredarse con una adolescente, pero al mismo tiempo la deseaba. Por eso evitó comentar el párrafo de los rizos tiroñeados; para no cerrar las puertas a lo que pudiese avenir. Y ella decidió entonces duplicarle la metralla.

En los trabajos escritos le envió nuevos mensajes de alca-ba. Manfredo debió controlar nuevas erecciones; y terminó por aceptar el desafío de la muchacha como simple juego de seducción, sin pasar a mayores. Bajo control, sería un lance divertido y estimulante.

Por desgracia, Gloria no amaba las letras, ni el ingenio intelectual, sino el rigor de la materia, y eso representaba un obstáculo para Manfredo, experto en el ejercicio de una seducción ilustrada.

En la Universidad, eran las muchachonas quienes seducían a Manfredo; y generalmente las más talentosas, deslumbradas por su erudición. Más formadas ya, eran muy vulnerables a la elegancia de su lenguaje. Pero Gloria era un pedazo de hembra salvaje. Quien observara sus poses y exhibiciones de pechuga y rodillas en primera fila, se daría inmediata cuenta de que a los gracejos culteranos del profesor, ella preferiría de seguro el abrazo del apuesto hombrón.

Para el primer examen trimestral, Gloria incrementó el calibre de su artillería en pos de una definición. Sin abandonar el tiro parabólico, indirecto, arreció sus andanadas frontales.

Manfredo comenzó a revisar los trabajos un viernes, tarde en la noche. Como ya se lo esperaba, al traducir el fragmento de Tácito, Gloria había sancocado su habitual *minestrone*. En un pasaje donde Cicerón mencionaba la «misericordia del Senado Romano», ella traducía el término con una tosca literalidad. Manfredo le añadió una nota al dorso: «Un órgano tan represivo como el Senado de Cato Maior, no practicaba la misericordia. Debería haber traducido usted «liberalidad», «indulgencia», «mano blanda» o algo similar. Tenga en cuenta que la «misericordia» llega al italiano demasiado cargada de cristianismo, y resulta inaplicable al agresivo Senado de la República, en tiempos de las Guerras Púnicas».

Para más ostensible evidencia de que no le quitaba puntos, Manfredo le marcaba los errores con abundantes notas. Semejante benignidad no obedecía, por cierto, a ningún ímpetu misericordioso, y él lo sabía.

«Cuidado», se aconsejó esa noche, al darse cuenta de su maniobra. «Tú mismo te estás metiendo en líos...».

En realidad, Manfredo no sabía hasta qué punto se estaba metiendo. En aquel examen, al final, Gloria le reservaba una sorpresa. Al revisar la tarea etimológica, no creía lo que tenía adelante. Para el análisis del adjetivo «sincero», Gloria repitió palabra por palabra lo que él dijera en clase: «Es un término procedente de la apicultura antigua. Proviene de SINE + CERA; vale decir, sin cera, y en la lengua arcaica se usó para connotar la pureza de la miel; pero en la evolución metafórica del vocablo, la pureza de la miel se extiende a la esfera de los sentimientos. Por eso, el término es hoy aplicable a la pureza de la amistad, o a la pureza del amor que siento por ti, Manfredo Pirotto».

Tuvo que releer varias veces la osada declaración de amor para convencerse de que no padecía de un espejismo.

Quiso la casualidad que al día siguiente, domingo, Manfredo se la encontrara en Villacidro, donde don Battista Múndula, su padre, poseía unos olivares.

Se descubrieron en medio de una cola, ante una fontana de aguas medicinales muy estimadas en la región, adonde Gloria acudiera en su Yamaha a llenar cantimploras.

La alarma que Manfredo activara desde su ingreso al liceo, impidió que sus ímpetus alcanzaran proporciones desmedidas.

La renuncia a Calabria y Sicilia no era el único sinsabor que le infligiera su lujuria. A la edad de ocho años, escondido detrás de un armario, fue sorprendido copulando con su prima Marcella que tenía once. Aquello se convirtió en una tragedia familiar. Sus tíos no volvieron a dirigirle la palabra

ni siquiera de adulto; y todo lo había empezado Marcella, con sus provocaciones.

Como estudiante de secundaria, fue expulsado de un liceo en Pádova por encerrarse con una condiscípula en el aula de química a «perpetrar actos de incalificable inmoralidad», que también instigara la condiscípula, y no él.

Manfredo no era un santo; pero en general se abstenía de arremeter. Eran ellas que lo provocaban. Ante mujeres en edad de merecer, calientes y agresivas, él se entregaba manso. Y al darles su merecido, casi nunca era tan emprendedor como se suponía.

Cuando se dejó seducir por Laura, en Calabria, fue lo mismo. Mujer bellísima, ardiente, se le volvió irresistible y lo comprometió en escaramuzas suicidas. Una vez, el marido estuvo a punto de sorprenderlos. Manfredo huyó desnudo hacia un tejado. Debíó saltar casi tres metros y pasarse varias horas de una noche otoñal, a la intemperie, hasta que Laura le arrojara sus ropas. Aquello le costó un principio de neumonía. Después, cuando sobrevino la tragedia, Alberto no creyó que Manfredo tratase a toda costa de evitarla. Pero, *cazzo*, él no era de hierro... Tenía sus límites... Nadie resiste que una mujer bella y excitada se te desnude adelante y empiece a tocarte...

Con su agencia de viajes, Sandra ganaba lo suficiente para redondear un ingreso decoroso, tener una buena casa y un coche nuevo, que estaban pagando. Los ingresos de la agencia costaban también las vacaciones anuales para los cuatro, a veces en vuelos transoceánicos. Vivían, en verdad, muy por encima del status de un modesto profesor de liceo, pero siempre al día, con una razonable contabilidad doméstica, procurando ahorrar en las compras y sin permitirse ningún desperdicio.

Manfredo se preguntó un día si una sola escaramuza con Gloria, tomadas las debidas precauciones, claro, podría acarrearle algún peligro. En ese caso, el encuentro no debía pro-

ducirse en Cerdeña. Y el viaje en avión a cualquier ciudad de la Península, más la estancia en un buen hotel donde meter a la chiquilla, él no tenía modo de costearlos... Bueno, por esa única vez, podría pedir algún dinerillo prestado que luego pagaría de a poco, sin afectar demasiado su equilibrio económico...

Pero... ¿y si se repetían las aventuras?

¿Su mujer no se daría cuenta de que algo sucedía?

Bueno... pero si conseguía algún dinero extra...

«No seas estúpido», se recriminó. «Si consigieras algún dinero, tendrías que dárselo a Valerio».

Era verdad.

La más reciente de sus frustraciones se relacionaba por cierto con su insolvencia. Valerio era un compañero de luchas juveniles, a quien Manfredo adoraba. Unas semanas antes, Valerio había salido de prisión, muy deprimido tras un accidente que lo dejara parálítico. Sus viejos amigos del Véneto, mediante una colecta, se proponían comprarle una casa y asegurarle el sustento de su mujer e hijo, hasta que él pudiera valerse. Pero Manfredo no pudo aportar una lira. ¿De dónde iba a sacar dinero?

Mientras tanto, Gloria no bajaba la guardia. Seguía provocándolo. En vez de responder a las preguntas de sus exámenes, le escribía poemas de una literalidad cada vez más escandalosa; cruzaba en primera fila sus rodillas de campeonato, se desabrochaba la blusa, se humedecía los labios, exhibía la lengua, y se masajeaba los senos con una descarnada mundanidad.

Por las noches, Manfredo veía su cutis sonrosado de muñeca de loza; se acariciaba los dedos con la imagen de aquellos cabellos sedosos; mordisqueaba los labios grandes y jugueteaba con ellos; disfrutaba de su sonrisa excitante y cruel; y olfateaba la exótica nariz aquilina, reminiscente del dominio cartaginés en Cerdeña.

Por Dios, él no era de palo; y por las noches comenzó a soñar con ella, en medio de piruetas eróticas.

Un día, por la prensa, Manfredo se enteró de que Gloria era hija de Battista Múndula, un cacique político de Núoro, en la violenta región de la Barbaggia, acusado de corrupción en la administración de justicia y de vínculos con la mafia. En esos días la prensa de izquierda lo involucraba en un sonado escándalo; y a un personaje como ese, Manfredo no quería disgustarlo. Corrupto, traficante, partidario de la justicia por su mano, más valía no tenerlo atravesado en su vida. Además, por su origen geográfico y social, de seguro era tan celoso como un siciliano, y hasta capaz de pagar asesinos en defensa del *onore* familiar. Manfredo podía imaginarse terribles represalias, si llegaba a descubrir su *affaire* con la hija. Y su hija era quizá más peligrosa, por su desmedida imprudencia. Manfredo se llamó a capítulo. Aquel fin de semana, tras el encuentro con Gloria en la fontana de Villacidro, se impuso una serena reflexión; y el lunes amaneció dispuesto a cortar aquel jueguito por lo sano. Estaba resuelto a no dejarse provocar. Él ya tenía 47 años, hijos mayores, una mujer amorosa. Si Sandra lo descubría, sería catastrófico. Ya una vez, por una aventurilla insignificante con una turista en México, habían estado al borde del divorcio; y él no permitiría que su lascivia le arruinase el matrimonio y la paternidad.

Ante la nueva actitud con que Manfredo se presentara a la próxima clase, Gloria vio encenderse una luz roja. Durante los 45 minutos del turno, no le dedicó una sola mirada; y para colmo, se mantuvo de pie junto a la segunda fila, de espaldas a ella. Por fin, al sonar el timbre de salida, en vez de demorarse en recoger sus cosas del pupitre como solía hacer para dar tiempo a que ella se acercara, recogió su maletín donde ya tenía todo guardado y se marchó a grandes zancadas.

Gloria no se dio por vencida. Intuía que aquel era un manotazo de ahogado. Su cronograma seductivo se cumpliría contra viento y marea; y al terminar la clase del miércoles

siguiente, Manfredo encontró junto a su maletín un sobre dirigido a su nombre, que se guardó en un bolsillo sin leer. Pero consumido de impaciencia, se dirigió al baño y lo abrió en un gabinete.

Esta vez, Gloria se le tiraba a fondo. Con un desenfado de veterana meretriz, le confesaba que de solo verlo aquel día en Villacidro, bajando cual Apolo desde las altas cumbres, con su cesta repleta de hongos, ella, transportada ante su aparición en *shorts*, torso desnudo, sudoroso, y oh, perfección de sus piernas, ay madre mía fortaleza de sus bíceps, y ella, a punto del desmayo, oh calor incontenible que la abrasa, Santa Madonna, y al verlo bebiendo de un odre repleto, con un ávido subibaja de la nuez, ella entró en éxtasis; y esa misma noche se soñó recorriendo la campiña cercana a la cascada de Villacidro. Iba solo cubierta con un velo, y he aquí que él la sorprende, oh deleitosa aparición, y la coge por la cintura con sus brazos hercúleos y la alza para beber de ella, oh, delicia, ella odre, ella fuente que sacia su sed...

Pese a la cascada de cursilerías, aquella imagen lo alborotó. Lo del odre era, por cierto, una de sus fantasías favoritas, que se permitía con mujeres de poco peso. A pesar de su corta edad, era obvio que la muchacha tenía un gran kilómetro. Mucho más de lo que él supusiera al principio.

Y volvió a repetirse que por Gloria Múndula, él no se dejaría arruinar la vida. Dos días después, decidido a prohibirle nuevos embates, y a amenazarla con entregar al director todo nuevo billetico amoroso que ella le pasara, la abordó en el patio y la llamó aparte; pero de solo verla girar y enfrentarlo sonriente, segura de sí, una ceja arqueada, labios entreabiertos, más lasciva y ramera que nunca, supo que estaba derrotado, inerme, a merced de ella.

Total, que se encogió de hombros, la miró con más complicidad que censura, y las drásticas palabras con que se proponía liquidar el peligroso *affaire*, se redujeron al anuncio de que en otro momento la citaría para ocuparse del examen.

Ella comprendió entonces que lo había herido de muerte. Lo tenía a sus pies. Y en pocos días le asestaría el puntillazo.

Entretanto, Manfredo soltó las amarras de su lujuria y dio en figurarse refinados detalles de lo que haría en compañía de Gloria. Al releer la carta con la escena del odre, recibió un mazazo retroactivo que liquidó todo su instinto de conservación. Sabía que en lo sucesivo sólo obedecería al mandato de sus hormonas. Ya no habría conveniencia, ni moral, ni miedo al viejo Múndula, ni voluntad que se opusiera al triunfo de sus deseos exacerbados. Como en sus lances juveniles.

Durante esos días sorprendió a Sandra con nuevos meneos y posturas inéditas.

Ella se mostró complacida primero y luego algo intrigada. Hmmm...

Él atribuyó las novedades y el remozado vigor, a unos erizos que consumía desde poco antes en un puesto del *Lungomare*, cuando volvía a la casa.

—Es el yodo, mi amor...

Resuelto por fin a disfrutar de Gloria, pasó no obstante el siguiente fin de semana sin atreverse a llamarla. A modo de psicoterapia, se repitió sin tregua que un solo encuentro con aquella mujer no le traería ningún percance. Ni nadie podría acusarlo de inmoralidad: ella no se le entregaba a cambio de buenas notas; ni él iba a pervertir a nadie, porque a pesar de sus 16 años, Gloria era más mujer y más corrida que muchas de 30.

Sí, pero de todos modos lo acechaba un gran peligro. Si la aventura le gustaba, vendrían otros lances; y en Cagliari, un *affaire* de esa naturaleza no se mantendría en secreto. Tendrían que encontrarse en otros lugares, fuera de Cerdeña: en Roma, Génova, Milano; y volvía otra vez a angustiarse por el dinero que no tenía. De seguro, terminaría por distraerlo de sus investigaciones, y amén de afectarlas, apenas le alcanzaría...

Pero a esas alturas, ante la intransigencia hormonal, su voluntad y buen tino ya no tenían voz, ni voto, ni influencia en su conducta.

Se propuso, no obstante, que su travesura con Gloria solo ocurriera una vez, una sola, para sacarse las ganas. Se juró que si se metía en aquel baile, no habría segundas y terceras piezas. Esta vez no se dejaría enredar en ningún conflicto. Era su último intento de resistencia a la lujuria.

Y aturdido, vasallo absoluto del deseo, el domingo al anochecer, abrió su teléfono móvil: «Que sea lo que Dios quiera».

Listo.

Estaba dispuesto a zambullir, con los ojos cerrados, en un mar bravío.

La llamó a su casa.

Ella se mostró al principio algo reticente. No obstante, se las ingenió para enterarlo de que el viernes y lunes siguientes no asistiría a clases. Viajaría a Roma para ayudar en los preparativos nupciales de una prima suya; y en cuanto Manfredo le sugirió encontrarse en Roma, ella cambió de actitud y propuso verse el martes al mediodía. La boda sería el lunes por la tarde, y ella no regresaría a Cagliari sino con el último vuelo del martes, casi de noche.

—Por cierto, mi prima nos puede prestar las llaves de un apartamento cerca de Campo de' Fiori —le anunció.

No cabía duda. La muchacha iba a lo concreto sin perder tiempo.

Fijaron la cita para el martes 20 de mayo a las 12:00 en la Vinería de Campo de' Fiori, a la izquierda de Giordano Bruno.

—¿Podré tocar sus rizos rubios? ¿No es un sueño mío? ¿No me engaña, profesor? Mire que si usted no va, nunca más voy a oír sus clases. Voy a pedir que me trasladen para otro liceo.

Él estuvo a punto de proponerle que lo tutelara, pero prefirió mantener el tratamiento respetuoso. No fuera que un día se le escapara una indiscreción en clase.

—No, seguro, allí estaré.

Claro que estaría, aunque después lo incinerasen, como a Giordano.

Al atender aquella llamada en su cuarto, Gloria no advirtió que don Battista, ya de regreso, descolgaba en el mismo instante la extensión de la sala. Y él, tras oír la conversación completa entre su hija y el profesor Piroto, con la vista clavada en la pared, murmuró:

—*Figlio d' un cane...*³

Como en otras ocasiones, el *onorevole* prefirió no esclarecer nada con la muchacha y dejarla actuar. Primero la cogiera con las manos en la masa y acto seguido le aplicaría un castigo.

Al día siguiente, don Battista envió a uno de sus gorilas al liceo, y descubrió que en el plantel de ese año su hija tenía cinco profesoras y dos profesores, uno de los cuales de casi 60 años. El otro, Manfredo Piroto, era un veneciano rubio y apuesto, de 47 años.

A don Battista no le hizo ninguna gracia confirmar que Piroto fuese un hombre maduro. Pero verde o maduro, recibiría su escarmiento. En Roma ajustaría cuentas con él. Ordenaría que tres de sus *compaesani* de la Barbaggia le dieran una golpiza de la que no se olvidara en su vida; y a la *puttana* de Gloria le aplicaría un ejemplar castigo.

El lunes, Sandra reservó pasaje para su esposo, que se antojara de viajar a Roma el martes las 08:30. Iba a destinar esa tarde y la mañana del miércoles a discutir con un académico los dos últimos capítulos de su ensayo: *El lenguaje formulario entre los improvisadores sardos*, en el que trabajaba desde hacía un año.

Aquel martes, hizo tiempo en Piazza Navona hasta las once y media y de allí se encaminó a Campo de' Fiori. Ocupó

3.- Literalmente «Hijo de un perro» en italiano.

una mesa en la Vinería, pidió un Campari Soda y comenzó a excitarse. Entornó los ojos e imaginó lo que muy pronto ocurriría en una desconocida vivienda de las cercanías.

Con la vista fija en el perfil de Giordano Bruno, reprimió toda valoración de lo que le ocurriría si don Battista Múndula, madre mía, se llegaba a enterar...

Si ella no se vuelve loca y se lo dice...

Era muy improbable.

Por ese lado estaba mucho más tranquilo.

Y de otra parte, el prurito de violar la ética docente tampoco lo preocupaba ya... Lo podrían acusar de concupiscencia, pero no de otra cosa.

Además, *cazzo*, imposible vivir sin violar algo todos los días.

Sí, violar, mentir, ser infiel.

Las cosas por su nombre: le sería infiel a Sandra y le mentiría para justificar gastos y ausencias... ¿Y qué? ¿Qué otro remedio?

Pero no por eso iba a dejar de amarla como siempre...

La víspera se había sobrepuesto a todos los cobardes escrúpulos. No existía retroceso posible. Bienvenida la cascada de imágenes lujuriosas que desencadenaba la visión omnipresente de Gloria.

Cuando el voluminoso turista de la mesa contigua pagó su consumición, tuvo que hundir el vientre para erguirse. Las mesas de la Vinería se hallaban a veces tan arrimadas, que los clientes confundían sus pertenencias. Era un abuso.

—*Excuse me*—dijo el turista con una sonrisa, al recoger su barriga y una guía de Roma, que dejara sobre la silla más próxima a la mesa de Manfredo.

—*Prego...*

Manfredo, con un gesto cortés, retiró la mano que apoyaba sobre el respaldo, movió una rodilla para cederle paso y recogió un periódico caído a sus pies.

Al reclinarsse de nuevo en la silla y alzar la mirada hacia lo alto, el aviso gigantesco de una motocicleta japonesa donde una hembra rica, en bikini, se abrazaba desde atrás al piloto, se le convirtió en la obsesionante imagen de Gloria Múndula regalándole, desde y por atrás, exquisitas caricias digitales y estimulantes mordiscos en la espalda.

De súbito recordó sus tiempos de militancia y una bronca tumultuaria que Valerio formara en aquel mismo lugar. Dos barrenderos de la brigada municipal, con sus uniformes verdes, altas botas de goma y potentes mangueras, arrastraban residuos de frutas y verduras al final de una feria sabatina; y de pronto, Valerio les arrebató una manguera y la dirigió contra un notorio grupo de fascistas reunidos bajo el toldo de la Vinería, con el consiguiente escándalo, desparramo de vasos y botellas, salpicadura de turistas aterrorizados, y huida vertiginosa por las callejuelas aledañas.

Campo de' Fiori resultó desde entonces un lugar vedado a su grupo, por temor de que alguien los reconociera.

Con el periódico como visera, Manfredo dirigió su mirada a la estatua de Giordano. Desde que lo viera allí por primera vez, se le encogió el corazón. Hubiera querido que se le erigiera una estatua mucho mayor, y no emplazarla justo allí, donde ardiera la pira de su condena a muerte. Un hombre de aquella estatura filosófica y moral merecía una estatua visible desde lejos, y no encerrada en aquel estrecho recinto de mercado. Giordano se merecía alguna de las elevaciones del Septimontium, la cúspide del Quirinal, del Aventino. Pero, claro, a un detractor de la escolástica y el aristotelismo, no le iban a conceder, en tierras papales, semejante gloria...

Y hablando de Gloria, ya eran las 11:48.

Como táctica para este primer encuentro, Manfredo se mostraría jovial desde el comienzo. Pero sobre todo, procuraría desempeñarse con la desenvoltura propia de un encuentro habitual entre amantes adultos. Si fingía no verla aproxi-

marse, la simulación de sorpresa lo ayudaría a actuar con espontaneidad.

A las 11:52, Manfredo abre el periódico que recogiera del piso, y simula interesarse por las páginas deportivas. Desde aquel ángulo domina todos los accesos a la plaza.

Toma un sorbo de su Campari y trata de mostrarse absorbto en la lectura.

Casi enseguida la ve entrar al recinto desde Piazza della Cancelleria. Cuando se da cuenta de reojo, y sin alzar la vista del periódico, de que la muchacha enfila sus pasos hacia él, se pone nervioso. Pero de pronto, al pasar una página del periódico, algo le llama la atención, y durante unos segundos se olvida de Gloria... de sí mismo... y de la cita.

El olvido se prolonga durante un minuto, dos, tres.

Por supuesto, Gloria lo ha visto en su mesa desde el primer momento.

De soslayo lo observa ahora, cabeza hundida en el periódico, pero ella también se finge distraída, y se pone a mirar las artesanías que le ofrece un senegalés, al pie de la estatua.

Viste una minifalda y se vuelve de espaldas a la Vinería, para que él la vea agacharse y admire la punta de sus nalgas enhiestas.

A las 11:57 Manfredo mira su reloj y se esconde detrás del periódico.

Ha cambiado de idea.

Otra urgencia lo domina ahora.

Aprovecha que ella le da la espalda, entretenida con las artesanías, para ponerse en pie, dirigir una seña al camarero y dejar sobre la mesa un billete de cinco euros.

Y parte a toda prisa, sin esperar el cambio.

Huye de Gloria.

Se escurre entre el gentío de Campo de' Fiori a grandes zancadas.

Al volverse y no verlo ya en su sitio, Gloria inspecciona de prisa todo el recinto. Por fin localiza sus rizos rubios, que

sobresalen y brincan al fondo, a su izquierda, por detrás de Giordano.

Manfredo se aleja a escape.

Cuando ha avanzado 200 metros por la medieval y muy angosta Via dei Giubbonari, vira en una callejuela a la derecha, da unos pocos pasos más y se recuesta de espaldas a una pared de mosaicos, a la sombra. Con movimientos muy apresurados, desdobla el periódico y retoma, jadeante, su lectura.

Diez minutos después, parte a toda prisa.

Mira la hora.

Se le ve preocupado.

Una viejita que lo ha observado desde su llegada supone que no puede andar en nada bueno.

GREGORIO PERCIBIÓ DE LLENO EL REPUDIO AJENO cuando su mandíbula comenzara a proyectarse de manera alarmante. El propio padre se avergonzaba de su fealdad. Y no sabía disimularlo. Nunca le hizo una caricia, ni se lo llevó de paseo, ni a ver espectáculos infantiles. Enredado ya con otra mujer y un bebé nuevo, y arrepentido de haber engendrado a Gregorio, lo único que le transmitía a veces, durante sus esporádicas y deprimentes visitas, era un poco de lástima.

Niño muy despierto, a los cinco años leía de corrido sin que nadie le enseñara. A los ocho, durante una visita a Valladolid, su abuela materna le regaló una *Vita Brevis* de San Francisco de Asís, adaptación para niños de la *Leyenda Menor* escrita por San Buenaventura de Bagnoregio. Tras leerla con una pasión febril, pidió más sobre San Francisco, y se leyó la *Vita Prima* de Tomás de Celano, y una hagiografía anónima originaria de Perugia, llamada *Espejo de Perfección*. Ganado por el amor universal de San Francisco, Gregorio imploró de rodillas a la Virgen que lo ayudara a ser como el santo; así, cuando fuera grande, dedicaría su vida a aliviar los males de los pobres y desamparados. Pero al cumplir los

nueve años, empezó a padecer de un invencible miedo al mundo exterior, que lo acompañaría durante 25 años.

Sus dientes inferiores ya no le servían para morder. Habían avanzado casi tres centímetros. Juntar los labios le suponía un esfuerzo que se traducía en una expresión de angustia; pero si no los juntaba, aquella boca de dientes al desnudo generaba en todas partes miradas furtivas, disimulados codazos, risas reprimidas; y a los nueve años, cuando comenzaran a repetirse los rebuznos en los recreos del colegio; y a oír que sus condiscípulos lo apodaban *Popeye*, *Quijada de burro*, *Quijano* etc., Gregorio se refugió en su madre y no volvió a dejarse ver en público hasta bien entrada la adolescencia.

El padre, cuando todavía dormía en el piso de Moncloa, trató de forzarlo a volver a la escuela, pero su mamá, firme y solidaria, rompió lanzas por él y proclamó que mientras no se operase, ella se encargaría de educarlo.

Graduada en Letras Clásicas, Rocío renunció al magisterio en un instituto de segunda enseñanza para dedicarse al hijo. Vendió la propiedad heredada, poco antes, de una tía, y estimó que con lo obtenido costearía su vida y la de su hijo durante una década. Ya Dios proveería; y durante casi nueve años le enseñó español, francés, latín, griego, literatura, geografía e historia; y le pagó un profesor de matemáticas y otro de inglés.

Gregorio resultó un alumno muy precoz. El mejor que ella tuvo. Daba gusto enseñarle. Demostró sobre todo una fina receptividad literaria. A los 13 años, por su propia cuenta, había memorizado mucha poesía latina y la clásica española; pero sus favoritos fueron los líricos del Siglo de Oro. Adoraba a San Juan, a Santa Teresa, y sobre todo a Fray Luis, cuyo retiro del mundanal ruido lo emparentaba con su propio drama de soledad.

Sus padres, divorciados de facto, mantuvieron las apariencias de matrimonio durante cierto tiempo. Al final, consumada la separación, el propio Gregorio rechazaba las ya

muy esporádicas visitas del padre al piso de Moncloa. El tenue afecto filial de su infancia, se convirtió en indiferencia.

La operación máxilo-facial no se practicó hasta cumplidos los 17 años, cuando ya su desarrollo óseo se consolidara en un 90%. El gasto lo costeó su papá, que se limitó después a una sola visita durante la convalecencia. Fue la última vez en que se vieron.

Durante su traumática infancia, Gregorio vivió hacia adentro. A los espacios abiertos de su casa, prefería los ángulos donde se refugiaba con sus libros y su música. Madrid, la gente, el mundo exterior, lo intimidaban. A los 15 años cumplidos, la información que le llegaba a través de la abundante novelística europea tradicional suministrada por su madre, lo indujo al convencimiento de su ineptitud para vivir entre tanta malevolencia, codicia, zancadillas y abusos. Si Dickens, Balzac y Dostoyevsky no mentían, él ya no hubiera tenido cabida en el siglo XIX. Y suponía que mucho menos a finales del XX.

Durante su prolongada reclusión infantil, Gregorio nunca se bañó en la piscina de su edificio; ni asistió a la sala de los billares y el pimpón donde se reunían los copropietarios del bloque de viviendas; ni osaba asomarse siquiera a las ventanas que daban al gran patio común. Permanecía sumergido en sus poemarios y novelas, quince horas por día. Al principio, con unos 12 años, en momentos de mucha tristeza, oía una y otra vez a los barrocos y a los Beatles. Luego se preparó, en varios casetes, una selección con 153 piezas de su preferencia que oía a diario mientras leía. Casi ninguna estaba completa. Aquel heterogéneo *collage* que titulara *Farmacopea*, solo contenía los fragmentos de su adoración. Era la música que le hacía bien, y llegó un día a los 16 años, en que no oyó ninguna otra. Todas las mañanas después del desayuno, cuando ocupaba su puesto de lectura en el rincón preferido, se oían las notas de la *Tocata y fuga*, a la que seguía *Yesterday*, el *Adagio en sol menor* de Albinoni, *Les feuilles mortes...*

Rocío creyó detectar en su hijo el desarrollo de rasgos maniáticos y llegó a inquietarse. Una tarde, ella apareció en casa con un compacto de Mozart y cuando se puso a oírlo, él se encerró en su cuarto. Mozart lo irritaba. Y esa noche le reveló a Rocío sus fobias musicales: Mozart carecía de dolor y nostalgia y lo dejaba indiferente. Beethoven era muy protagónico y lo sobresaltaba, al punto de impedirle leer. De Chopin y Chaikovsky adoraba algunas piezas y execraba otras. Lo mismo le pasaba con el *jazz*. El cante hondo, en bloque, le producía una tristeza invencible y mucho miedo a la vida. Era la música que menos soportaba. Y acabó por confesarle haberse pasado más de tres años oyendo y grabando conciertos y programas populares por radio, con audífonos, hasta seleccionar y reordenar para su consumo personal 153 fragmentos que sumaban un total de 462 minutos. Sus grabaciones caseras, en disquetes comunes no compactos, distaban mucho de la excelencia; pero Gregorio no era exigente en cuestiones técnicas. Y tampoco era ambicioso de novedades. Con su *Farmacopea* tenía bastante. Oírla completa le tomaba más de siete horas. Y le rogó a su madre que no le hiciera oír otras cosas. La música influía demasiado en sus estados de ánimo y con frecuencia lo turbaba. Debía consumirla con máximo cuidado, como los alimentos. Toda música que él oyera debía permitirle leer al mismo tiempo, u oírla en la cama y no perder el sueño. Rocío supuso que aquella veta maniática era resultado de su inactividad física, y le compró una bicicleta estática y otros equipos gimnásticos; pero él se aburrió muy pronto. Como la gimnasia le alteraba su ritmo y le estropeaba el de la música, prefirió ocupar ese tiempo en su rincón, entre libros.

Por consejo de los médicos, la madre trató de distraerlo con naipes, dominó y otros juegos de mesa. Ninguno le interesó. Pero cuando le enseñó el ajedrez, el muchacho se entusiasmó; y desde el inicio demostró un singular talento combinatorio, al punto de que en un par de semanas, la maestra

perdía una partida tras otra. Sin embargo, como él no estaba dispuesto a exponer a la luz pública su monstruoso maxilar, a falta de contrincantes que lo estimularan, vio morir poco a poco su interés por el juego.

La operación fue un éxito. Cuando le quitaron los vendajes y se miró al espejo, respiró aliviado e inició sus primeras exploraciones del mundo exterior.

No esperaba, desde luego, que la cirugía lo convirtiese en un mozalbete guapo. Demasiado bien sabía que ninguna operación lo libraría de su figura tan enjuta y abatida, ni de la rigidez del semblante, ni de aquella narizota larga y afilada; pero al cerciorarse de que ante su indeleble fealdad ningún transeúnte se volvía, ni le dirigía miradas furtivas, ni descubriría codazos de complicidad entre la muchachada del metro o los autobuses, Gregorio comenzó a circular sin complejos.

Al principio salía acompañado de Rocío, pero cuando cogió confianza, comenzó a dar largas caminatas por el bello Madrid de los Austrias. Caminaba durante horas, provisto de planos y guías turísticas de su ciudad natal, hasta entonces una desconocida que le infundía miedo. Como precaución, nunca dejaba de engancharse su reproductora de música y los audífonos, para defenderse, cuando entraba a algún bar, de radios y televisores estridentes; o para aislarse de una conversación cercana durante sus pausas a la sombra, en algún parque.

De todos modos, sus nueve años de reclusión domiciliaria lo marcarían para siempre: Siguió evitando los espejos, y hasta más de una década después de la cirugía, fue un joven solitario.

A las pocas semanas de su operación, Gregorio y Rocío trabaron amistad con un librero, hombre bizco, muy alto, de treinta y tantos años. Un día se le sentaron al lado, en la barra de una cafetería de Moncloa, donde solían desayunar; y de repente, por evitar la caída de una cuchara, un movimiento

brusco del muchacho volcó el capuchino y salpicó la camisa y pantalones del bizco.

Para sorpresa y alivio de Gregorio, el hombre no lo insultó, no protestó, ni se mosqueó. Alzó los brazos, armó una sonrisa farsesca pero bonachona y lo tranquilizó:

—No importa, chaval: más se perdió en la guerra.

Para dar lugar a que limpiaran la barra, terminaron los tres sentados a una misma mesa, y el bizco resultó buen conversador, cálido, culto, maestro FIDE de ajedrez, y con tanta *vis cómica* que de entrada movió una risa estentórea de Gregorio. Para la madre resultó sorprendente, pues el chico nunca le había demostrado tanta simpatía a nadie, ni se reía así desde muy pequeño.

Al salir juntos, cogieron el mismo camino e hicieron un alto en la cercana librería y vivienda de Josemari (o Chema, o *El Bizco*, como lo llamaban sus amigos), donde la madre compró un par de novelas. A poco volvió, y muy pronto se convirtió en cliente habitual. Visto el efecto positivo que Chema ejercía sobre su hijo, optó por atraerlo como comensal y visitante asiduo de su casa, situada a dos cuadras de la librería; y sería Chema quien le inspirara una decisiva pasión por el ajedrez. A los dos meses de conocerse, cuando Gregorio, a pura intuición, comenzó a ganarle un juego tras otro, Chema le confesó a Rocío que el muchacho tenía un talento descomunal, y desde entonces se erigió en su padrino ajedrecístico. Fue él quien le regaló los libros de Grau, para que estudiara aperturas, finales, teoría general; y lo instó a resolver problemas y a analizar partidas de los grandes maestros.

Después de la exitosa operación de Gregorio, su madre, víctima de una leucemia, sobrevivió unos meses y fue sepultada en Valladolid en abril del 87, pocos días antes de que Gregorio cumpliera los 18 años.

El padre ni se dio por enterado.

Antes que enfrentar el mundo solo, Gregorio deseó y pidió a Dios que le enviara la dulce muerte, como implora Juan Sebastián en su *Cantata N^o 161*, incluida en la *Farmacopea*.

¿Suicidarse?

Imposible: no tenía valor para incurrir en un pecado de demonios, execrable a Dios.

Desde entonces, la religión llenaría los vacíos de su soledad. Cuando apagaban la luz en casa de Presentación, una tía abuela materna que lo acogiera en Valladolid durante los primeros meses de su orfandad, Gregorio se dormía con el pensamiento puesto en el misterio de la Creación; pero su refugio habitual, diurno, fue el ajedrez. Para evadirse de la realidad inhóspita, a toda hora lo estudiaba a solas, o resolvía problemas a granel. Amaba aquel mundo racional, con su propia lógica, su belleza interna, pero ajeno a los avatares del corazón y a las estridencias del mundo exterior.

En el convento ingresó en septiembre del 87, gracias a gestiones e influencias de un pariente vinculado a la Curia. Para que los dominicos lo aceptaran en el Seminario a tan tardía edad, hubo de sortear varias entrevistas, demostrar sus amplios conocimientos y la lucidez que le asignaban sus protectores. Le exigieron además, rendir un singular examen de alemán donde demostrara que en media hora, podía traducir con ayuda de un léxico que le suministraron, una página completa de la obra de Emmanuel Kant, escogida al azar. Gregorio comenzó a prepararse desde mediados de junio y para gran sorpresa de los dominicos, aprobó sin dificultad en septiembre, antes de iniciarse los cursos.

En el Seminario, Gregorio encontró una atmósfera de severa disciplina, pero menos agresiva que la del mundo exterior. Tras los gruesos muros y en los perfumados atrios del convento, no se oía de lleno el mundanal ruido. Pero llegaba con sordina; y muy pronto el novicio advertiría que también los santos varones sacaban las uñas, ponían zancadillas, y podían tornarse competitivos, envidiosos y hostiles. El con-

vento también era parte de ese gran teatro de la vida real, donde Shakespeare sitúa como actores a los seres humanos. Y Gregorio no tenía cabida en ninguna escena donde las luces lo enfocaran. No la tenía porque el teatro, como la vida, es conflicto, lucha, *agón*; y el solo hablar con quien no fuese de natural muy pasivo, le era casi siempre traumático. A veces se deprimía ante personas bien dispuestas. Bastaba con que fueran demasiado activos, le hablasen con energía, o depositaran excesiva confianza en él. No obstante, para un timorato incapaz de luchar por la vida, deformado tras nueve años de pasividad y reclusión infantil, el convento fue un refugio al que terminó por adaptarse.

Ordenado sacerdote a los 24 años y promovido por el claustro, asumió una ayudantía en lenguas y literatura grecolatina. Su precoz erudición humanística le auguraba una promisoriosa carrera docente. Pero no fue así, porque su presencia ante los alumnos era causa de diarias angustias. A pesar de la autoridad que le confería el profesorado y de la habitual moderación y disciplina de los alumnos seminaristas, los muchachos lo amedrentaban. E iniciado el segundo año de su docencia entró en crisis. Ante la necesidad de expulsar de su clase a un alumno insolente, optó por abandonar el aula y presentar su renuncia irrevocable al magisterio. No hubo autoridad que lo disuadiera. Por fin, el prior mandó que lo transfiriesen a un gabinete situado en el subsuelo de la biblioteca, donde le asignaron un ordenador y la legendaria tarea de actualizar el catálogo general del convento, con sus 40.000 títulos inventariados por un procedimiento del siglo XVII, que ya resultaba obsoleto. Tarea abrumadora, pero que lo exoneraba de todo trato, salvo con el Bibliotecario Mayor de la Orden, esporádico supervisor de su trabajo. Allí estaría mejor aquel joven sacerdote pusilánime, a todas luces inerme ante burlas o descatos, incapaz de tolerarlos y sin carácter para imponer sanciones a nadie.

El convento le confirmó poco después que el único mundo donde él podía luchar era el del tablero, que le deparaba sentirse a sus anchas, por hostil que le fuera quien estuviese al otro lado. Allí sí, donde no era sino un trebejo, estaba dispuesto a enfrentar gambitos, trampas, celadas, tácticas y estrategias, a sabiendas de que iban dirigidas contra él. Era una guerra declarada y aceptada, en la que ganar le deparaba júbilo y perder no lo deprimía, más allá de un llevadero descontento consigo mismo. Nada le ocurriría en una partida, comparable a la angustia de enfrentar en el mundo real la hostilidad de un superior, la desobediencia de un alumno al que no sabía reprimir, o las burlas de algún hermano más o menos bruto o envidioso.

A poco de iniciarse Gregorio en la nueva tarea, merced a la excelente valoración del Bibliotecario Mayor sobre su trabajo, el prior le concedió permiso para asistir dos veces por semana al Ruy López de Segura, un círculo de ajedrecistas donde jugaba de 8 a 11 de la noche con Chema y sus amigos. En ese lapso le autorizaron también licencias para competir, y hasta le costearon un viaje a Bilbao y otro a Montpellier. Así fue Gregorio acumulando méritos que le permitieron obtener en julio del 97, el título de Maestro FIDE.

El diploma le sirvió de gran estímulo. Era la primera vez que una acción suya le deparaba tan rara satisfacción; y sobre todo, disfrutó aquel estremecimiento o cosquillita en la médula, que él supuso podría ser eso que llamaban orgullo.

Apremiado por el magisterio FIDE, que implicaba asumir nuevos y crecientes compromisos, Gregorio aspiró a ver reducido por las tardes su agobiador y maquinal trabajo en la biblioteca. Ahora necesitaba estudiar ajedrez y analizar partidas, siquiera durante un mínimo de cuatro horas diarias. Tenía que esmerarse en la preparación. Pronto comenzaría a recibir invitaciones para competir por toda España, y a veces en el exterior.

Por sugerencia de Chema, en la petición que elevara a los superiores de Santo Domingo, Gregorio argumentó que si otros hermanos honraban a Dios y a la Orden al descollar en sus estudios literarios, filosóficos y científicos, él también los honraría al convertirse en un Gran Maestro del juego ciencia.

El que los dominicos no respaldaran en esta etapa su creciente vocación ajedrecística, tras haber alcanzado un título de maestría nacional, fue para Gregorio como si lo enterraran en vida.

Durante algunos meses aceptó su cruz. No profirió una queja, se inmoló en sus tareas de bibliotecario, y a solicitud del prior tradujo un texto alemán en tiempo récord. Hasta que un día decidió renunciar a los votos y abandonar la Orden; y al explicar a la efigie de San Benito los motivos de su decisión, creyó ver en su rostro una sonrisa cómplice.

Fortalecido por tan explícita dispensa, Gregorio desestimó rendir cuentas a su confesor. Tras colgar los hábitos un 20 de diciembre, dejó una nota para sus superiores: «Me marcho para siempre. He optado por el estado laical, pero seguiré sirviendo a Dios con los trebejos».

Al abandonar los altos muros del convento, iba persuadido de que Dios le tenía reservado algún lugarcito donde vivir con la pobreza de un mendicante, pero dedicado a su ajedrez, a cubierto de las fealdades e injusticias del mundo exterior, siempre cruel y engañoso.

Esperaba que con el poquito dinero que le dejara su madre y la venta de algunas pertenencias, se sostendría al menos un par de años en plan franciscano... Desde luego, si alguna vez lograba ganarse la vida, sería gracias al ajedrez; y si no era así, aceptaría su segura muerte en la jungla mundana; pero no trabajaría, ni se humillaría, ni zozobraría su espíritu por falta de dinero.

Sus escasos conocimientos sobre la vida en sociedad procedían de los libros, y no estaban muy actualizados. La perfidia de patrones delincuentes y abusadores, como los que tipi-

ficaban Dickens y Balzac, lo obligarían a renunciar a todo empleo asalariado; y mucho menos se dispondría a enfrentar los avatares de la competencia en pos de riquezas, poder, mujeres... Prefería irse a cuidar leprosos, como San Francisco en los bosques del Monte Subastio; o ayunaría hasta morir, con el pensamiento puesto en la Santísima Trinidad, a menos que Dios se le manifestase con una lluvia de consolaciones, como le otorgara a San Ignacio en la Cueva de Manresa.

Dios no lo había favorecido en su físico. Con aquella bocaza, ojos pequeños, cara asimétrica, figura desgarbada ¿qué podía esperar él en un mundo esclavo de las apariencias y el espíritu de empresa?

El Bizco insistió en ofrecerle el altillo de su casa en Moncloa. Allí tendría por lo menos el techo y la comida asegurados, hasta tanto consiguiera vivir de los trebejos, suceso que Chema daba por descontado a breve plazo.

Gregorio aceptó, y durante los primeros seis meses de su vida secular, estudió ajedrez 16 horas por día. Estiró al máximo sus fondos para comer con frugalidad en la calle y no abusar del amigo, a quien solo le aceptó el techo, con la condición de que algún día le pagaría todo junto, como cualquier pensionista. Pero Chema, seguro de su talento, presumía de que muy pronto le cobraría con creces.

—Ya tendrás tiempo de pagarme cuando seas Gran Maestro, chaval.

Su primer dinerillo en la vida, lo ganaría Gregorio en un torneo regional de ajedrez en el Principado de Asturias. Calculó que bien administrado, le permitiría pagar su deuda al amigo y subsistir otro año; y ya Dios proveería.

En los meses siguientes, fue descubriendo que el mundo exterior no era tan horrible como él imaginara. Vaya... era horrible, sí; pero a cada paso daba con gente buena, honesta. Chema le consiguió un empleo de sereno en una empresa; una tarea sin mayor esfuerzo, donde permanecería solo de once de la noche a seis de la mañana, sin ver a ningún desco-

nocido. Pero él no había colgado los hábitos para volverse sereno, sino Gran Maestro de Ajedrez.

—Pero allí podrías estudiar ajedrez por las noches —le insistió Chema.

—Entonces no estaría vigilando nada. No sería honesto...

Chema supuso que aquel argumento era un pretexto de Gregorio para rechazar el empleo, movido por sus cortedades. Pero sería la primera vez que Gregorio le decía una mentira. Y si era cierto que lo rechazaba por su conciencia pulquérrima, era de verdad un gran gilipollas. Aquel era un empleo a su medida. Nadie le ofrecería algo mejor.

A los dos años de vida laica, Gregorio seguía siendo un retraído, de triste apariencia; pero no era ya el pobrecillo indefenso que él mismo se imaginara. Andándose con cuidado y no metiéndose con extraños, ni con mujeres, comprobó que el mundo exterior no le imponía situaciones insostenibles, ni humillaciones.

Continuaba escaso de dinero, pero avanzó mucho en sus estudios de ajedrez. En el convento nunca pudo dedicarles más de un par de horas diarias, y ahora, no bajaba de diez. A veces se encerraba con el tablero y sus revistas a analizar partidas desde que abría los ojos por la mañana, hasta que lo vencía el sueño, oscuro ya.

A mediados del 2000, Chema lo obligó a aceptar un *laptop* de segunda mano, pero casi sin uso, comprado por 500 euros a un primo suyo. Gregorio se negó al principio. Lo consideraba un gasto innecesario. Chema tuvo que demostrarle su utilidad y fingirse ofendido si no lo aceptaba. Gregorio se lo pagaría más adelante.

En pocos días, cuando Gregorio descubrió el potencial didáctico del aquel aparatejo, en el que disponía de programas robotizados que modelaban con absoluta fidelidad el juego de los grandes ajedrecistas del presente y del pasado, se increpó por no haber adquirido antes una maravilla semejante.

Los resultados no se demoraron. Desde principios del 2001 llegaron en cascada. Ya en marzo logró su primera

norma de Maestro Internacional con un ELO de 2.350; y en noviembre, en Brujas, tras un honroso segundo lugar, alcanzó un ELO de 2.420 y el título de Maestro Internacional. Pero su mejor año sería el 2002, en que ganara un torneo en México donde no perdió una sola partida. Tras derrotar a seis GM y haber entablado con otros cuatro considerados de la más depurada élite internacional, alcanzó los 2.470 puntos que lo situaban ya como un serio candidato al título de Gran Maestro. Ahora le bastaría con quedar entre los tres primeros lugares de cualquier certamen internacional de cierta importancia.

Su desempeño durante aquel torneo mexicano lo dio a conocer en el mundillo ajedrecístico del primer nivel. Al publicarse una partida del desconocido trebejista español que derrotara en México a varias luminarias de la élite mundial, comenzaron a llegar desde New York, Berlín, Moscú y otras capitales de la ex Unión Soviética, y de otros grandes centros ajedrecísticos del planeta, urgentes solicitudes de información sobre Gregorio Montijo. Durante los dos últimos días del torneo, cuando ya Gregorio sacara las uñas y su triunfo se consideraba inminente, cayó sobre la sala de prensa del torneo una avalancha de cables, faxes, *emails* que reclamaban más partidas suyas, noticias sobre su vida privada, su currículum; y todas las revistas especializadas le dedicaron reseñas con un amplio espacio.

La noche del sonado triunfo, el 15 de octubre del 2002, Gregorio estaba deslumbrado consigo mismo. No era para menos: ya estaba arañando el soñado título, y llevado de su euforia, invitó a varios ajedrecistas amigos a cenar en un buen restaurante. Tenía 33 años y era la primera vez que invitaba. Salvo Chema, Jordi, y otros dos miembros del club de Moncloa, no tenía amigos. Conocidos tenía muchos, pero de no mediar el ajedrez, carecía de vida social.

Esa noche en que ya no controlaba su alegría, bebió mucha cerveza, siguió con vino, y a instancias de un ajedrecista mexicano, terminaron en un casino privado donde Gregorio perdió casi 1.000 dólares de los 6.000 ganados en el tor-

neo. Era su primera experiencia de ruleta. Fuera del ajedrez pimpón, desconocía las emociones del juego por dinero. Y en aquella ocasión, muy entonado, apostó con tanta osadía que si sus amigos no lo detienen, habría salido desplumado.

Regresó a España con 4.700 dólares que se le convirtieron en casi 4.900 euros. De ellos invirtió 1.500 en un nuevo ordenador, pagó completos los 1.300 de su vieja deuda con Chema más los 500 del *laptop*; y entre libros de ajedrez muy caros y algunas ropas, gastó otros 1.700. Total, que del premio le quedaron solo 500, y con ellos se esfumó su esperanza de una prolongada tranquilidad económica. Su realidad inminente era otra vez la dura batalla por ganar algún dinero. Con solo esos 500 se vería en figurillas. Tendría que estirarlos al máximo, porque hasta mayo, en que participaría de un torneo internacional en Sevilla, no avizoraba otra perspectiva de ganancias importantes.

Dinero. Siempre el maldito dinero...

¡Uff! Lamentable que a los cinco años de haberse consagrado por entero al ajedrez, sus finanzas siguieran al garete.

Desde el 99 ocupaba una pensión de mala muerte en Carabanchel Alto, porque a casa de Chema se había mudado una hermana con dos niños; y en ninguna pensión de mala muerte te dan crédito. De modo que cuando se aproximaba el fin de mes, o apretaba demasiado el hambre, Gregorio tenía que olvidarse del rigor de sus estudios y entrenamientos y ocuparse de sobrevivir.

A menudo soportaba calamidades por propia voluntad. Desde poco antes, además del club donde compartía con Chema y otros amigos desde sus tiempos monásticos, frecuentaba un círculo de personas muy solventes donde se jugaba *blitz*⁴ por dinero, a cinco minutos la partida; y entre

4.- *Blitz*, *pimpón* o *rapid-transit*, es el ajedrez rápido. La modalidad más corriente se juega en partidas de cinco minutos para cada contrincante, pero pueden jugarse con más o menos duración, según se convenga de antemano.

ellos, con un poco de simulación y artería, le habría sido fácil ganarse el sustento. Pero odiaba eso. Contra la opinión de otros ajedrecistas, Gregorio consideraba muy nociva la práctica del juego rápido, donde la inmediatez visual de los cinco minutos no deja margen para elaborar estrategias. Esa visibilidad le generaba pésimos hábitos, como el manotazo impulsivo sobre las piezas, sin suficiente reflexión. Y Gregorio se abstenía de todo lo que conspirase contra sus planes de llegar un día al primer nivel mundial.

Otros ingresos eventuales procedían de clubes o alcaldías de provincias, donde le ofrecían cantidades respetables por jugar simultáneas, hasta de 50 tableros. Pero Gregorio detestaba también las simultáneas. Las consideraba una gran pampolina.

En verdad, solo muy apremiado jugaba *blitz* por dinero; o aceptaba irse por ahí, varios días de gira, a deslumbrar a un puñado de aldeanos con sus simultáneas.

En su rutina cotidiana, Gregorio dedicaba no menos de cuatro horas diarias a jugar contra Capablanca, Karpov, Kasparov, Fisher, y otros genios del ajedrez. Todos los días escogía uno diferente; y no por virtuales, las partidas de su *laptop* dejaban de ser verdaderas.

Empleaba, además, un mínimo de ocho horas en el riguroso análisis de partidas recientes entre talentos de las nuevas promociones. Dormía seis horas y se alimentaba con excesiva austeridad. El único lujo que se permitía, en raras épocas de prosperidad, cuando ganaba algún torneo o desplumaba a algún mentecato que se le tornara muy odioso, eran unas cuantas cervezas. Sin embargo, aquella vida casi tan monacal como la que siempre llevara en la Orden, le aseguraba su tranquilidad; y para ser feliz solo necesitaba olvidar, siquiera seis meses al año, que existía un problema llamado dinero.

Al regreso de México, empezó a prepararse para el torneo en Sevilla, previsto para mayo de 2003, donde participarían

once Grandes Maestros. Aparte de los 8.000 euros que se llevaría el ganador, y 3.000 al segundo, aquel certamen le ofrecía también el título de Gran Maestro, desiderátum de su vida; y quizá el puente por donde reingresar al servicio de la Santa Madre Iglesia.

Desde que ganara el torneo mexicano, apenas unas semanas atrás, Gregorio acariciaba una insólita ambición. Algo que no le pasara por la cabeza desde su renuncia al convento. Soñaba con poner el título de GM a disposición de Su Santidad, con la súplica de que mediara para su reingreso al sacerdocio en cualquier monasterio donde se le permitiese estudiar ajedrez ocho horas diarias y participar en los torneos a que fuese invitado. Si le daban esa libertad, cualquiera que fuese la cofradía, él ingresaría *ad maiorem Dei gloriam*, como el más humilde de los hermanos, dispuesto a cumplir tareas ancilares en la cocina, en los servicios sanitarios, talleres, huertos, bibliotecas, en fin, adonde lo destinaran; y así, vestido de monje, con su rosario y su cruz, descalzo si era necesario, recorrería el mundo para asistir a los grandes torneos y destinar todos sus beneficios monetarios a las caridades del convento, y a edificar altares, capillas, ancianatos, hospitales, escuelas. De ese modo, amén de la felicidad de volver al servicio de Dios, se libraría para siempre de sus apremios por dinero.

Pero el hombre propone y Dios dispone. El 6 de enero del 2003, al iniciarse el sexto año de su vida laica, los Reyes Magos se acordaron de él. Le proporcionaron el empleo ideal para un ex docente de Letras Clásicas, deseoso de proveerse su modesto sustento con honradez y dignidad.

Don Silvestre Fernández Adrales, un hombre rico, descendiente de una familia ducal de Castilla la Vieja, le ofreció un singularísimo empleo en su casa.

Ciego desde sus 25 años como resultado de un accidente hípico, don Silvestre había consagrado su vida a los estudios grecolatinos. Gregorio ganaría con él 700 euros mensuales

por leerle en voz alta, y ayudarle a interpretar, tres veces por semana, de 9 a 12 de la mañana, textos en latín y griego.

El reputado filólogo vivía en una casona señorial, cerca del Retiro, con su servidumbre y dos secretarías bilingües: una en francés e italiano, y otra en inglés y alemán, que se ocupaban de leerle, buscarle materiales en su biblioteca, transcribirle sus dictados en el ordenador y servirle de internautas por los eruditos océanos de la Antigüedad.

Con aquel salario, Gregorio se liberó de la deprimente pensión de Carabanchel Alto, donde viviera desde el 99.

A fines de enero, se mudó a una habitación mínima, destinada al servicio doméstico de un apartamento lujoso. Tenía entrada directa, disponía de un retrete, una *kitchenette* y una ventana grande. Era un décimo piso, en Chamartín. La propietaria y ocupante del apartamento era una viuda septuagenaria que vivía sola, y alquilaba aquello por tener compañía, más que por necesidad.

Era por fin un sitio independiente, silencioso y aireado, en un buen edificio, con una casera bonachona, que no molestaba en absoluto. Gracias a don Silvestre, ahora se encerraba a estudiar ajedrez en aquel lugarcito acogedor, que le recordaba sus celdas conventuales, con su hermosa vista sobre una zona de áreas verdes.

El refugio de Chamartín fue para Gregorio otra victoria personal. De otra parte, su sueldo fijo lo exoneraba de volver a las partidas de *rapid-transit*, y de los viajes por varios días a escabrosos villorrios donde prostituía su talento en estúpidas simultáneas, con toda suerte de catetos. Aceptaría, sí, participar en competencias varias, incluidas las de escasas dotaciones en metálico, siempre que le propiciasen el incremento de su ELO; y de momento, dedicaba casi toda su energía a prepararse para el torneo del mes de mayo en Sevilla.

Aquel trabajo con don Silvestre se le convertía en pasatiempo. Las tres horas volaban. Hombre cultísimo, algo excéntrico y con sus puntos de procaz, don Silvestre era un

causeur delicioso. A veces, después de las lecturas, Gregorio aceptaba un aperitivo o una cerveza; y ya en febrero, al mes y medio de haberlo contratado, don Silvestre le pedía a diario que lo acompañara primero a una caminata por el parque interior que tenía al fondo de la casona, y luego lo invitaba a su mesa.

Aunque don Silvestre se conocía al dedillo todos los senderos del parque, su hija Cecilia solía acompañarlo. Mientras ella estuviese en Madrid, viviría en la casona; y su marido de turno, legal o de contrabando, debía admitirle que acompañara al padre en la diaria caminata y compartiera su comida del mediodía.

Según le explicara don Silvestre a Gregorio, caminar solo lo entristecía.

Cecilia, con sus 43 años muy bien llevados, impartía clases en la Complutense. Ocupaba un conjunto de tres habitaciones en el ala izquierda de la casona, frente a la piscina, y era la única que entraba al estudio sin llamar. Pero solo disfrutaba de ese privilegio cuando llegaba desde su apartamento. Para acceder por la entrada principal del estudio, tenía que identificarse mediante un golpeteo de nudillos sobre la caoba de la puerta. Se negaba a tirar del cordón de la campanita que don Silvestre instalara para la servidumbre, por considerarlo un «dispositivo de aristócratas gilipollas», y en su lugar se identificaba mediante ambos puños con un repique de bulerías. Por don Silvestre, Gregorio supo también que Cecilia se había separado poco antes de un marido, tras dos años de convivencia; y en el marco de un convenio entre universidades, estaba impartiendo un curso de Politología en Munich.

Las tres mañanas semanales en casa de don Silvestre, le servían a Gregorio de descanso en su rutina. Notó asimismo que olvidar el ajedrez durante esas horas, le producía un efecto benéfico. Volvía a sus tableros con más energía, se concentraba mejor, ganaba en claridad analítica.

Logrado el sustento que tan difícil imaginaba desde el convento, ahora invertía su serenidad y mejores energías en el ajedrez; vivía su *aurea mediocritas*, sin carencias ni sobresaltos, como Quinto Horacio Flaco; y exento de otras ambiciones, era feliz. Lo fue hasta los inesperados sucesos del 15 de abril, que lo zambulleran en los vendavales del mundo exterior.

Cuando bebía sus cervezas en el Bar de la Estación, Gregorio siempre cometía la misma burrada: pagaba su consumición sentado y olvidaba ir al baño antes de echar a andar las seis cuadras que lo separaban de su vivienda. Insistía en caminarlas a modo de ejercicio, y porque no valía la pena pagar el billete del autobús para viajar una sola parada; y claro, frente a la Tasca del Indulto, siempre en el mismo punto, desde que veía pintada en la pared encalada la silueta del toro triunfador, le entraban unas fortísimas ganas de orinar; pero se las aguantaba por su incapacidad de ocupar el retrete de la tasca y marcharse sin consumir.

Para colmo, aquella tarde lloviznaba.

Como de costumbre, no le quedó otra que apretar el paso y el esfínter delantero durante tres cuadras más.

Ya en el edificio, Gregorio oyó los primeros aullidos cuando el ascensor iba por el octavo; y al abrir la puerta en su piso, la vio corriendo con la cabeza en llamas. Reconoció a una tal Elena, que vivía en el pasillo perpendicular al suyo.

En medio de estremecedores chillidos, tras arrojarle al suelo, la muchacha comenzó a rodar con movimientos frenéticos, sin control alguno. Ya sus gritos, desde momentos antes, habían convocado a varios vecinos del décimo piso. Las otras tres puertas se abrieron casi de inmediato; y mientras ella se revolcaba desesperada, nuevas voces de alarma le hicieron coro.

¡Échenle una manta!

¡Rápido, un cubo de agua...!

¡Busquen al médico del piso once!

¡Miren: hay fuego en la cocina de su apartamento...!

¡Llamen a los bomberos!

¡La ambulancia!

Encogido de horror ante las llamas y el sufrimiento de la muchacha, y desencogido en el acto, Gregorio se quitó la chaqueta con movimientos de cámara rápida, y se abalanzó sobre ella para cubrirle la cabeza.

Dentro de la confusión y gritería, se mantuvo sereno. En cuanto logró apagarle el cabello y el rostro, con la misma chaqueta se afanó en frotarle los brazos, para extinguir otras llamas que aún ardían sobre una de las mangas del camisón.

De improviso, la gorda gordísima de la tercera puerta se abrió paso con un cubo lleno de agua.

—¡No, cuidado, no haga eso! —y Gregorio se irguió para interponer su cuerpo, mientras a toda prisa se desabrochaba la bragueta. En su memoria fulguró el accidente del hermano Jacinto...

Al ver a aquel tío enclenque blandir tan imponente miembro, la gorda lo supuso erecto, y por ende un aberrado, e intentó dar un paso atrás; pero permaneció clavada, muda de horror, paralizada al punto de no poder siquiera persignarse. Una sirvienta a su lado tuvo que apoyarse en su escoba para no desmayarse; y cuando Gregorio apuntó a la muchacha y la roció con un chorro gordo, caballuno, oloroso, que humeaba al caer sobre el piso frío, el hijo de la gorda dio dos pasos hacia él.

—¡No sea asqueroso, hombre! —e intentó empujarlo, pero Gregorio, sin dejar de orinar, giró con una agilidad felina y le acertó de lado un puntapié en el centro de una tibia, que lo obligó a doblarse y a brincar en una sola pierna. Era la primera vez que Gregorio agredía a alguien.

Mientras el muchacho se retorció de dolor, la gordísima iracunda embistió contra el degenerado, so guarro, demonio, quítate ya, y con la escoba de la criada le sacudió un par de mandobles por la cabeza, mientras Gregorio se defendía

hacia atrás con certeros codos y talones, y ágiles cambios de mano para sostener su micción sin perder puntería.

En eso, una voz potente y autoritaria detuvo las acciones:

—Déjenlo: no sean estúpidas: orinarla es lo mejor...

Un hombre fuerte, canoso, bajaba por la escalera en pijama y pantuflas.

Elena alcanzó a oírlo y cesó de gritar. Supo que aquel vozarrón venía del médico que vivía en el once. Su horror momentáneo ante la cascada de orines espumosos que le cayeran en plena cara, dio paso a un inmediato sentimiento de gratitud; y a pesar del chorro y sus olores, ya no pudo sino mantener los ojos bien abiertos, entregada a la subyugante visión de aquel falo grande y flexible, que su propietario dirigía sobre su pecho, los hombros, el cuello, las mejillas. El ardor que aquel líquido caliente le provocara al principio, era ahora una sensación mucho más placentera que dolorosa. Se figuró tendida boca arriba al fondo de un desfiladero, bañada por un torrente de aguas saltarinas, espumosas, cálidas, bien-hechoras...

En el piso se acallaron las voces profanas y desde ese momento solo se oyó el chorro sobre la piel y la voz del médico.

—Eso, muy bien, hombre, muy bien: siga todo lo que pueda, que esos orines le van a evitar cicatrices.

Los atónitos vecinos la vieron desvanecerse entre sonrisas. Pero el más atónito, ante las sorpresas que le reservaba el mundo exterior, fue Gregorio. ¿Quién iba a decirle que un día se vería soltando coces contra un mocetón fornido y empujando a una bruja que lo atacaba a escobazos para impedirle orinar el rostro de una mujer?

Meses después, el recuerdo de aquella inimaginable reacción suya, le sería motivo de complacencia. La juzgó un primer paso por el camino de su adaptación al siglo.

El 29 de abril, cuando Elena regresó a su piso, ya restablecida, tenía sobre su piel, en la frente y los pómulos, unas

manchas moradas, todavía muy notorias; pero por suerte, el efecto cicatrizante de los orines casi inmediatos le evitó las usuales arrugas, fruncidos, relieves y otras marcas desagradables, propias de los quemados. Mucho contribuyó también al leve rigor de las lesiones, la compacidad y tersura de su piel privilegiada.

Pero Elena no superaba su depresión. Aquella epidermis manchada señalaba el fin de su carrera, y su inminente desempleo.

Desde que le autorizaron visitas en el hospital, Gertrudis, su agente, le adelantó las primeras mala noticias: anulados los contratos de Nestlé y Givenchy; suspendido el vídeo de Marlboro, cuyas primeras imágenes de *cow-girl* semidesnuda se efectuaran durante la víspera del accidente.

En todos los casos le ofrecían compensaciones insignificantes; pero Gertrudis la aconsejaba aceptarlas; y que se olvidara de modelar con la cara. Sus bellas facciones ya no servirían para promover ningún producto.

¿Y a qué se iba a dedicar ella ahora, a sus 30 años, sin otro oficio en la vida que el de posar para las cámaras?

Getrudis la instó a adelgazar un poquitín; y si lograba atenuar las manchas sobre la piel, quizá ella pudiera conseguirle contratos para modelar de cuerpo entero.

Cuando consultó al especialista que la atendiera en el hospital, supo que sus manchas desaparecerían bajo el efecto natural del tiempo, en el término de unos cinco años.

¡Vaya consuelo!

—Pero siempre tiene usted, señora, si lo estima conveniente —le sugirió el médico—, la posibilidad de someterse a un tratamiento muy moderno, que le devolvería en pocas semanas gran parte de la blancura y lozanía de su piel.

Le aseguró que se vería casi como antes del accidente.

—El único inconveniente es que la terapia resulta un poco dolorosa.

El dolor no era el único inconveniente ni el mayor. Al indagar sobre los costos, Elena descubrió que las pocas clínicas donde aquella técnica se aplicaba con eficacia en España, eran carísimas. El total, con internación de quince días, no bajaría de 13.000 euros. ¿De dónde rayos iba a sacar ella semejante suma? Ni siquiera tenía unos euros guardados con que amortizar la compra del apartamento, pagar la escuela del niño y vivir.

Desde antes de salir del hospital, había llorado mucho. Estaba en la calle, en la miseria. Lo primero que haría, para subsistir en el paro, era vender su coche, sacar al niño de su escuela y ponerlo en la enseñanza pública.

Con su familia no contaba ni para comprarse una bicicleta, y su ex era un farolero inservible. Alardeaba de tragarse el mundo, pero ante la mínima adversidad, huía siempre como un cobarde. De haberse encontrado en la situación del vecino, en vez de orinarla y distribuir patadas, Ricardo habría echado a correr escaleras abajo, so pretexto de ir a por los bomberos y tal. Siempre había evadido sus responsabilidades con ella y con su hijo.

Al instalarse de regreso en Chamartín, Elena volvió al recuerdo de su salvador. Según los dermatólogos, los orines inmediatos le evitaron una desfiguración irreversible. Una chica vecina del mismo piso, que fuera de visita al hospital, la ayudó a recordarlo: un tío flaco, de aspecto apocado. Elena solo conservaba una borrosa imagen: perfil de cabeza gacha en el ascensor, mirada huidiza, delgadez... ¿Cierta calvicie? Y se le superponía la visión recurrente de un hombre sin rostro, enfocado desde el piso, piernas arqueadas, miembro en ristre; y otra de lado, velada por el chorro, cuando daba golpes e insistía en orinarla, a la vista de todos los vecinos. Vaya tío cojonudo.

En el hospital, todos los días esperó verlo llegar de visita. No tenía por qué, pero tal vez se apareciera; y ya de regreso a su piso, se propuso abordarlo cuanto antes. Su amiga descu-

brió que se llamaba Gregorio, pero no pudo averiguar casi nada de su vida. Ni le importaba mucho. A ella le constaba que Gregorio, cualquiera que fuese su vida y profesión, era un hombrecillo apocado, pero un tío de cojones. Lo contrario de Ricardo, que vivía de impresionar con su estatura, su larga cabellera, su voz gorda y ronca, y en esencia era un ratón.

Por la vaga imagen que Elena lograba reconstruir, Gregorio debía tener unos 35 años. La nebulosa visión de aquella tarde, cuando lo viera desde el suelo, le inspiraba casi a diario sueños eróticos. Se despertaba sobresaltada en medio de la noche; y al final, una y otra vez, el poderoso falo derramaba sobre sus ojos, su boca y sus senos, inagotables y gordos chorros de semen, caliente y salvador, como sus orines. A veces, al evocarlos, Elena sonreía avergonzada. Otras, se relamía de placer.

La misma tarde de su regreso, Elena se presentó en el piso de doña Socorro, pero él no se encontraba. La señora le informó que en general solía llegar tarde, después de las once o doce de la noche. Elena se apostó a las diez en su cocina, apagó la luz y dejó la puerta del pasillo apenas entornada, para vigilar el ascensor; y poco antes de las once, apenas divisó a Gregorio, cogió la basura que ya tenía lista en su bolsa y se dirigió a verterla en el incinerador.

Se hizo la encontradiza y lo saludó con efusividad. Él, tímido, confuso, de pie en el pasillo, solo atinó a asentir y a sonreír.

Con lágrimas en los ojos, Elena le cogió una mano y se la besó...

Avergonzado, con su mano apresada, no sabía adónde mirar.

—Esta mano me salvó de horribles cicatrices...

Gregorio reprimió una relampagueante visión de otra parte de su anatomía, más acreedora de aquel beso.

Ella no paraba de referirse a su valiente y oportunísima intervención.

—De no ser por usted, hoy sería un monstruo.

Pertinaz, verborreica, se empeñó en describirle el accidente. En esos días su Pedrín cumplía años, y ella se encontraba ajustando una cafetera para ponerla sobre el hornillo cuando sonó el timbre. Era un mensajero con los regalos que su ex marido enviaba al niño para su cumpleaños, porque todos los 19 de abril el padre se daba por cumplido con enviarle un regalito por mensajería, vaya padre, y ella, una vez recibida la encomienda, firmado un recibo, de regreso en la cocina, comenzó a abrir el paquete y aunque faltaban cuatro días para el cumpleaños, el niño había obtenido permiso en el colegio para pasar aquella tarde con su mamá; pero ella no quería que Pedrín viera ningún regalo hasta recibirlos todos juntos durante la fiesta y por eso trató de esconder el paquete en el armario más alto de la cocina, adonde el chico no alcanzara; pero al encaramarse en un banquito para abrir la puertecilla corrediza, zas, volcó una alcuza que se quebró al rebotar sobre una varilla de donde ella colgaba algunos cobres, y el alcohol se le derramó entonces sobre la cabeza, de donde siguió chorreando hasta la candela encendida y ella vio espantada las llamas azules trepándole sobre sus manos, brazos, cuello, rostro, cabellera y no atinó sino a echar a correr; y él no podría figurarse lo agradecida, lo endeudada que ella estaba con él... Uno de sus médicos siempre la instaba a darle eternas gracias al valiente y oportuno vecino, y en fin, llevada también de una inmensa admiración por la forma enérgica en que actuara ese día, ella aspiraba a ser su amiga, y de momento quería saber si le sería posible cenar juntos en su apartamento, al día siguiente.

Ante tan insospechada invitación, Gregorio vaciló. Era la primera mujer joven y bella que se le mostraba tan solícita.

¿Que una mujer le cogiera una mano entre las suyas?

Solo su madre, pobrecita... Dios la tuviera en Su Santa Gloria.

¿Que alguien lo mirara con aquella devoción?

Nadie.

Sorprendido, asustado, no se atrevió a rehusar la invitación. Y le dedicó una sonrisa desmañada, como el niño que se avergüenza de recibir un regalo apreciable.

Elena comprobó que era joven. En todo caso, solo un poco mayor que ella.

No era un hombre bello, no: algo dientudo, narizón, ojos chiquitos, feúcho, muy enjuto; pero tenía algo viril en sus caderas estrechas y en sus piernas estevadas de jinete, que vistas desde abajo, soñadas más de una vez, eran su mayor atractivo. Le sugerían un erotismo de espadachines, rapto y galope nocturno. Las veía entreabiertas. Se excitaba al recordarlas.

El amor no figuraba en el programa de Gregorio. Se sabía un hombrecillo sin *sex-appeal*... Por instinto y natural cautela, renunció a las mujeres desde niño. Fuera de la masturbación conventual, no tuvo comercio carnal hasta los 30 años. Su primer y único contacto fue una prostituta polaca en San Sebastián, una noche de borrachera en que otro ajedrecista lo arrastrara a un burdel, para festejar la destacada ubicación de ambos en un torneo internacional. Gregorio fue objeto de una cabalgata grotesca, por la que pagó y se marchó asqueado.

Aquel acto tan grosero, con una adolescente dopada que apenas hablaba español, lo forzó a cerrar los ojos. Se satisfizo de prisa y con asco; y reconoció que en sus encogidas soledades lograba mejores finales. Aquella desagradable experiencia le serviría, no obstante, para decidir que si las prostitutas eran su única opción de feo irredimible, prefería seguir saciándose a punta de imaginación.

¿Qué mujer decente y sana, si no, se ocuparía de él? Al contemplarse en el espejo, un inmediato desaliento le inhibía toda iniciativa. Además, nunca reuniría suficiente valor para volver a un burdel o entablar tratos con alguna garza itinerante.

Y aquel 30 de abril, cuando Gregorio acudió a la cita con Elena, daba por sentado que una mujer tan guapa, a lo sumo

sentiría por él un poco de gratitud; y sin duda quería cumplir con la formalidad de expresársela mediante aquella invitación a cenar.

Antes del accidente, había visto a Elena solo cuatro o cinco veces. Su belleza y elegancia al vestir lo estremecieron desde que la viera en el vestíbulo del décimo piso. La primera vez fue el 26 de enero, día de su mudanza a Chamartín. Ella irradiaba aquel día un perfume tenue. Él le cedió el paso al salir del ascensor.

Desde atrás, era todavía más bella. Se desplazaba con los pies algo abiertos. Tenía unas corvas de ensueño; y las nalgas, madre mía, eran de una perfección humillante.

Cada vez que Gregorio caminaba detrás de una de esas hembras monumentales y se permitía observarla sin tapujos, se entristecía. Y quién no, al saberse condenado a pasar por la vida sin poder acariciar jamás a las adorables muñecons del mundo exterior.

A poco de aquel primer encuentro, un día en que Gregorio regresaba en el ascensor vacío, reconoció el perfume de la bella vecina y llegó a su apartamento muy excitado. Lo asediaba la imagen de sus senos, nalgas mórbidas, cintura estrecha... Se la imaginó quitándose una atrevida minifalda, bajo la cual no tenía nada... y tuvo por fuerza que toquetearse.

Por encima del cuello, solo recordaba el pelo negro lacio y una piel muy blanca. Pero no los ojos, ni la nariz, ni otros rasgos de su semblante. No osaba mirarla de frente; ni siquiera espiarla de soslayo. Desde atrás, sí, pero solo cuando ella lo precedía al salir del ascensor. El par de veces en que se la cruzara por los pasillos o alrededores del edificio, tampoco se atrevió a volverse. Se moriría de vergüenza si ella se diera cuenta. Quizá se burlara. O se burlaran sus vecinos, o los peatones, de ver a un tío tan feo curioseándole la retaguardia a una señorita decente.

¿Qué edad tendría Elena?

Ahora que pudo examinarla bien, a su regreso del hospital, se la imaginó entre 25 y 30.

Apenas atravesó la puerta del pequeño vestíbulo, lo turbó su desenfado.

Claro, si era tan guapa... Debía ser desenvuelta, dueña de sí...

—Ven por aquí, pasa, la puerta se cierra sola —y echó a caminar hacia la sala—. ¿Un whisky? ¿Una cerveza?

Gregorio prefirió cerveza.

No se esperaba el contoneo, la exhibición de nalgas, ni aquellos *shorts* asesinos. También lo sorprendió el tuteo y las palmaditas sobre el sofá.

—No, siéntate aquí conmigo —y le estiró la otra mano para atraerlo junto a ella.

En cuanto lo sentó a su lado, le sonrió en silencio, suspiró, se mordió los labios.

Tras otro vertiginoso monólogo de gratitud, y la reiterada cascada de cuánto admiraba su determinación de aquel día, y el haber enfrentado a los vecinos, dio unos pasos hasta la cocina y le trajo la primera cerveza.

Se quedó unos segundos con la tapita en la mano, indecisa. Por fin lo miró a los ojos, se inspeccionó la delta que le formaban los senos sobre el ángulo de un mínimo escote y puso la tapita en un cenicero.

De nuevo sentada a su lado, le colocó una mano sobre la rodilla y entrecerró los ojos para asegurarle que si una virtud apreciaba ella en un hombre, más que ninguna otra, era la firmeza de sus actos sin temer la murmuración o críticas ajenas.

Gregorio, amordazado por su naturaleza pusilánime, no fue capaz de salirle al paso y evitar que se confundiera. Quizá el orinarla fuese un mandato repentino de Dios; pero él no era virtuoso, ni decidido, ni valiente, ni nada de eso. Él era irresoluto y timorato...; pero guardó silencio. Sólo atinó a bajar la vista y a encogerse de hombros.

—No sé cómo agradecerte, no tengo palabras... Es que estoy muy emocionada de tenerte al lado ¿sabes? y... y lo único que se me ocurre es darte un beso... ¿Puedo...?

Gregorio tampoco se esperaba aquello.

¿De modo que no se trataba de un simple intercambio de cumplidos entre una vecina agradecida y su benefactor?

Desconcertado, la vio levantarse y pararse frente a él, a dos pasos.

—Ven —y lo cogió de una mano.

Él obedeció.

Sin darle tiempo a sonrojarse, Elena alzó sus brazos bien abiertos y se le acercó despacio. Hipnotizado por aquella boca carnosa que ahora se abría muy cerca de la suya, confuso, temeroso, avergonzado de su erección, ahuecó el cuerpo. Qué iba a pensar ella si se daba cuenta. Por Dios, no quería faltarle el respeto.

El beso de gratitud duró varios segundos. No fue un beso anhelante, apasionado. Fue primero una suave mordida golosa, seguida de una lenta y experta succión de sus labios juntos; algo que Gregorio desconocía en su boca. La niña puta de Polonia, *partenaire* de su única y descarnada experiencia amorosa, no besaba bocas ni incurría en preludios dilatorios. Y viendo películas, Gregorio se preguntaba a qué sabría la lengua de una mujer entre su boca. Ahora comenzaba a saberlo. Sabía a éxtasis... y a precipicio.

Tras haberle capturado la lengua, Elena se entretenía ahora en chuparla y mordérsela. Jugaba con ella; y era un juego tan inesperado, tan material, ay, Dios mío, tan fuerte y peligroso... Mira que en el mundo exterior se producían situaciones insospechadas.

—Bésame —y le arrimó los senos desnudos a la boca.

Él se encogió un poco para lamerlos con suavidad. Pero no sabía qué más hacer con un par de senos. Su impulso era de llenarse la boca con ellos. ¿Sería lícito succionarle los pezones? ¿No sería muy infantil?

—Chúpame –rugió ella y se estiró en el sofá.

Cuando él se arrodilló para complacerla, ella le palpó el miembro y empezó a desabotonarle la bragueta.

Gregorio se alarmó ante el inmediato ascenso de temperatura en las sienes. Un desconocido y vigoroso latido en el plexo crecía por momentos. Pero él dio rienda suelta a su gula de pezones rosados, casi blancos.

Ya no tenía retroceso. Moriría, si ese era el designio de Dios...: pero en brazos de aquella mujer que ahora se sentaba para abrirle la camisa y desabrocharle los pantalones, y enseñada se arrodillaba para besarle con fruición el falo enhiesto, recto, gordo, enrojecido...; y él, entregado al mayor goce de su vida, cerró los ojos y esperó que se cumpliera la voluntad de Dios.

Y Dios fue benévolo con él.

A los diez minutos del glorioso orgasmo, cuando ya estaba seguro de sobrevivir indemne, y yacía desnudo, tendido en la alfombra de la sala, mientras ella se preparaba una sangría y destapaba otra cerveza, se preguntó si la intimidad entre hombres y mujeres sería siempre así, tan repentina.

Pero Elena interrumpió sus reflexiones. Encaprichada en verlo desde abajo, lo obligó a levantarse y ella se tendió a sus pies, en la misma postura de cuando la orinara, y comenzó a masturbarse los pezones. Ante aquel espectáculo, Gregorio reaccionó como un resorte. Ella no se lo esperaba y se irguió con una mirada de gratitud. Y a poco, cuando abrazada de sus muslos por delante, lo besaba y le hacía cosquillas con las uñas, y estaba ya a pocos segundos de volver a bebérselo, él ya no pensó en Dios. En plan más terrenal, sólo atinó a mirar asustado hacia atrás y hacia los costados, como el niño que se come un manjar prohibido y teme que aparezca alguien a quitárselo.

Aquello iba más rápido que en las películas.

Increíble. Una hora antes, Elena era una desconocida. Una vecina apetecible, modelo de profesión, según comenta-

rios de los porteros, que en un par de ocasiones le inspirara deseos y la socorrida consolación manual. Nada más sabía de ella. Y ahora, en un santiamén, tras apoderarse de él, le estaba regalando los momentos más intensos de su insignificante vida amorosa.

Un hambre vieja, insatisfecha, lo urgió a aceptar el manjar sin reservas. Nada de moralismo, censuras ni temores. Paso al placer inesperado... Ya habría tiempo de arrepentirse.

El quinto *round* fue sublime. Hipnotizado por la animalidad de aquellos labios, dejó que la dulzona cosquilla recorriera sus tejidos y le estirara la piel.

Para ella, el non plus ultra era bebérselo y provocarse el orgasmo manual con el sabor de la eyaculación entre los labios; pero ahora, al adivinar su descarga inminente, lo tumbó para lanzarse a un galope final sobre la alfombra. Al borde del deliquio, él oyó por vez primera el himno de su médula vivificada, mientras una salva de temblores estallaba en ignorados rincones de su anatomía. Un segundo antes de la meta, Gregorio se dijo que quizá no fuese buena idea volver tan pronto a la vida conventual... Tal vez le aprovechase más, ayyyy, ser un Gran Maestro laico y seguir adentrándose en los misterios del mundo exterior, y acabó de confirmarlo, sí sí, entre los espasmos, ohh, de otro caudaloso derrame.

A las ocho de la mañana, de regreso en puntillas a su apartamentito, Gregorio fue directo a mirarse en el espejo grande. Se dirigió algunas muecas y se examinó desde distintos ángulos. Proyectaba su misma imagen de siempre, pero experimentaba una suerte de estado vibratorio. La saliva le sabía algo ácida, y otros olores entre dulces y rancios lo acompañaban desde la noche anterior. Pero no pensaba bañarse. Ni iría ese día a casa de don Silvestre. Lo llamaría para excusarse por algún malestar inventado. Tampoco estudiaría ajedrez. Los repentinos acontecimientos de la víspera requerían de mucha reflexión. Por fin, vivía un milagro.

Volvió a mirarse al espejo.

Se quitó la camisa y sacó pecho. Se subió a la cama para verse las piernas arqueadas que tanto gustaban a Elena. Se miró el miembro enrojecido por el excesivo ejercicio nocturno y lo sacudió con cierta vulgaridad ante el espejo. Por primera vez lo complacía mostrarse obsceno.

¿Se convertiría ahora en un hombre del siglo? ¿Dejaría por fin atrás al monje pusilánime de cinco años antes, o de dos días?

Sintió un poco de miedo.

¿Estaría cediendo a una tentación que más tarde le sería fatal?

¿Iría ese mismo día a ver a fray Andrés?

Ahora no lo impelía ninguna necesidad de confesión, como le ocurriera después del encuentro con la polaca. Pero era indudable que se había entregado de lleno a la lujuria, uno de los siete pecados capitales...

Mientras se enjabonaba la cara, le volvieron las imágenes frescas, recentísimas, de lo sucedido esa noche inolvidable. Al evocarlas, lo recorrió otra vez el vértigo de sus crecientes, inaplazables deseos de ella.

Recordó un libro que circulaba por el seminario, con ilustraciones de enfermedades venéreas, encarnaciones demoníacas, rostros viciosos. Evocó una andanada de términos espeluznantes que lo amedrentaran durante sus ejercicios de castidad juvenil: concupiscencia, lascivia, depravación... Pero por más que las campanas de su conciencia repicasen a rebato, las atenuaba el recuerdo de su voz, el tañido de su risa; y las ominosas ilustraciones ejemplarizantes desaparecían superpuestas por el recuerdo de una caricia perversa, o de una postura tan indecente como deleitosa.

Gregorio supo que ningún aldabonazo de su sistema de alarmas, ningún exorcismo lo libraría de aquel deseo. Ante su erección incontenible, que lo incitaba a acariciarse, comprendió a los pecadores de todos los tiempos. Solo un santo de fortísima voluntad resistiría aquel deseo. Él se dio por venci-

do de antemano. Era inútil luchar con la honda de David contra un dragón hectocéfalo.

Se vistió y volvió al apartamento de Elena, que acababa también de ducharse y se disponía a salir; pero al palpar su derechura y vigor, y al sentirse mordida y apretada, lo arrastró de vuelta a la cama.

Gregorio resultó tan dadivoso de semen como la víspera. Ella misma le dirigió sus descargas sobre la juntura de sus senos, sus párpados, su lengua inquieta asomada entre los labios.

Dios mío ¿sería pecado aquello? ¿Sería práctica habitual entre esposos unidos por el sacramento del matrimonio? ¿Lo permitiría Dios, en su infinita bondad?

De pronto, Elena lo arrastró al baño, se tiró al suelo boca arriba, y le pidió que se le plantara adelante, patiabierta, viril, como ella lo soñaba, para que la orinase en la cara; pero él no fue capaz. Entonces lo obligó a masturbarse mientras ella lo imitaba, sacudía sus senos, daba pataditas y se estremecía toda.

Otro de sus antojos fue que posara como el *David* de Miguel Ángel, su marmolito de la sala, y lo hizo treparse en una banqueta, para morderlo, besarle los pies, morderle las pantorrillas, arañarle el falo, regalarle besos labiales, dentales, palatales, glóticos, y entregarse por fin al gran banquete. Trajo a la cama la *Enciclopedia Universal del Erotismo*, compañera de sus soledades, y le pidió la penetrara en deliciosas posiciones japonesas, arábicas, indostánicas, tántricas, documentadas en artísticas láminas, pero solo practicables cuando los hombres alcanzaban como él, virtuosos tamaños y durables tiesuras.

Elena tuvo plena conciencia de estar comiéndose un virgo; pero un virgo potente, inagotable, que ahora derrochaba con ella los cuantiosos ahorros de una vida ascética. Y aprendía rápido. Era tal cual se lo imaginara: bueno, honrado y viril: un hombre verdadero. Lo que más le encantaba era su

inseguridad; y determinó apropiárselo. Lo quiso todo para sí. Para ella sola.

—Te adoro —sonrió ella al final, ya exhausta—. Nunca vi nada igual... Eres un tío de puta madre...

Un feo, sí; pero que valía por siete faroleros como el bello Ricardo, que comía propóleo y germen de trigo y practicaba kárate, pero incapaz de la tiesura e incontables repeticiones de su diamante en bruto...; diamante en bruto que ella sabría burilar, pulir, je je, y engarzar en brevísimo plazo.

Al día siguiente, Gregorio salió muy temprano de Chamartín y cogió el metro hasta Cibeles. Era su ruta habitual cuando iba a misa. A veces, con deseos de andar, se apeaba mucho antes e iba por la Castellana, Recoletos y luego por el Paseo del Prado hasta el Hotel Ritz, donde doblaba a la derecha en San Jerónimo.

Aquella mañana Gregorio caminaba absorto, sin ver nada. Llegando a la iglesia no advirtió a Consuelo, su amiga de la cerería, que lo saludaba cuando se cruzaron. Ni siquiera oyó la música del reloj en lo alto del edificio, frente al Palace; ni se detuvo a admirar, a las nueve en punto, la coreografía mecánica de sus personajes. Lo único que Gregorio veía, una y otra vez, eran las increíbles escenas eróticas de la víspera, en el día más insólito de su existencia. Y las veía con la nitidez de un film impecable.

Hasta entonces, Gregorio ni soñaba que una mujer bella lo invitara una noche a su casa, y a los cinco minutos de llegar, lo besara de esa forma. No le parecía posible entre personas normales y decentes.

¿Decentes?

¿Serían ellos todavía personas decentes?

Que fray Andrés lo decidiera.

Desde que abandonara el convento de los dominicos, su confesor era aquel capuchino inteligente, severo pero magnánimo, a quien conociera una tarde de tormenta espiritual en Jesús de Medinaceli.

El nombre de fray Andrés colgaba del segundo confesionario en un cartelito de madera. Como se hallaba ocupado, Gregorio se sentó a esperar su turno en un banco cercano; y al elevar la vista hacia un vitral, lo atrajo un primer plano de Santa Clara en Asís, en medio de su comunidad franciscana de las Damas Pobres. Y el óvalo facial de la santa le trajo a la memoria a Elena, en una de sus caricias más lujuriosas. Acto seguido, en plena erección, vio una imagen marmórea de San Francisco que lo observaba desde un rincón; y para su sorpresa, no le produjo horror. Ni siquiera sensación de pecado. Nada parecido a la miseria moral y urgencia de confesión que le impusiera su encuentro con la polaca.

A Jesús de Medinaceli había entrado con idea de confesar el pecado de lujuria, pero ante aquella reacción tan blasfema de su organismo, con San Francisco por testigo, decidió aplazar la confesión y reflexionar un poco sobre su caso.

Cogió la línea 30 hasta Plaza de España y de allí siguió a pie, Princesa arriba, hasta Moncloa, donde tomó un taxi para Chamartín.

Casi al mediodía, sentado en un parque, decidió no confesar, al menos por ahora, un pecado de lujuria que no lo atormentaba, del que no se arrepentía y en el que estaba dispuesto a reincidir esa misma tarde. Confesarse sería un acto formal, insincero. Y Gregorio conocía suficiente teología para no ignorar que el sacramento de la penitencia debía cumplirse con dolor y legítimo arrepentimiento.

Además, si Dios condenaba la lujuria como uno de los siete pecados capitales ¿por qué añadía tan intenso goce al acto de la reproducción? Si el placer oficiaba como estímulo divino para que nadie fuera indolente en perpetuar su especie ¿por qué no nos asignó un placer moderado, pero igualmente compulsivo, como el de saciar la sed? ¿O por qué no otorgó a los humanos, como a otras criaturas, el celo de las hembras, que limita el placer masculino a unos pocos días por año?

Sin ningún remordimiento, esa noche volvió a los brazos de Elena. Otra vez debió esforzarse para no vociferar su gratitud a Dios; para no aullar su renovado descubrimiento del placer, sin miseria ni arrepentimiento. Y ya desde esa segunda y gloriosa jornada de lujuria, temió perderla. Cuanto más enamorada se declaraba Elena, más sospechaba él que le mentía. Recordó al pobre diablo de Chaplin, en *La quimera del oro*, extraviado de amor quimérico por una mujer que se burlaba de él.

Dos días después, cada vez que Elena resucitaba de sus sísmicos orgasmos y reiteraba los elogios a la anatomía y virtudes amorosas de Gregorio, él cedía un poquitín en su negativa valoración de sí mismo. Y así llegó a medio convencerse de que aun esmirriado y feo, no carece de encantos. Según ella, era un tío de iniciativas rapidísimas, como demostraran los memorables orines; y valiente, al punto de emprenderla a coces contra un grandullón fornidísimo como el hijo de la gorda; y en la cama, un hierro persistente e infalible repetidor.

Gregorio terminó por admitir que sí, en efecto, en el mundo exterior solía ocurrir que una mujer de gran belleza y buen vivir, se enamorara de un feo como él, pobre por añadidura. Pero su estado de ánimo variaba por horas, con notables flujos y reflujos. El 14 de mayo, víspera de la inauguración del torneo en Sevilla, mientras celebraban con una botella de coñac la segunda semana de romance, él le confesó sus miedos:

—Tú no estás enamorada de mí... Te resulta novedoso el amor conmigo, porque soy un bicho raro; pero muy pronto, cuando te hartes, me vas a dejar...

Ella, de costumbre inquieta y parlanchina, se mantuvo unos instantes inmóvil, hasta que comenzó a llorar en silencio con la vista fija en la pared.

—Perdóname... —intentó disculparse Gregorio.

Ella le cogió una mano para demostrarle que no estaba enfadada.

—No lloro por tus tonterías... Lloro por mi situación, por tener que dejar este apartamento, por Pedrín.

Y comenzó a enumerar sus tribulaciones. Aquellas manchas que aún tenía en la cara eran su ruina. Poco antes ganaba fortunas; era una de las modelos faciales más cotizadas de España. Con ese dinero estaba pagando aquel apartamento, tenía un buen coche y su hijo iba a un colegio de ricos; pero ahora, aquellas manchitas que gracias a él, no eran peores, le habían arruinado su carrera. Ahora tendría que modelar de cuerpo entero; y a los 30 años cumplidos, dentro de poco no sería la misma. Con aquel sobrepeso, propio de la edad, si lograba trabajo de modelo, ya no ganaría sino sumas modestas. Tendría que renunciar al piso de tres habitaciones y amplia sala, refinanciarlo y conseguirse algo más pequeño; y sacar al niño de aquel colegio carísimo y quizá, hasta vender el coche. Ella no tenía un euro ahorrado...

—Y ya que tú pones las cosas así, oye toda la verdad.

Se secó unas lágrimas y encendió un cigarrillo.

—Yo podría tal vez volver al modelado facial, pero con un tratamiento que cuesta un ojo de la cara...

—¿Cuánto? —quiso saber Gregorio.

—De 15 a 20.000 euros.

Él soltó un silbo y arqueó las cejas.

—No voy a negarte que si me lo propongo, conseguiría el dinero. Tengo admiradores; y hay un hombre mayor, buen amigo, que ha enviudado y me ofrece matrimonio; y si yo no quiero casarme ni vivir a su lado, me pone un piso donde visitarme... ¿Me entiendes?

—Sí, claro ¿y qué piensas tú?

—En realidad, no tengo más que alzar ese teléfono y en una semana Celestino me entrega las llaves de un piso y un cheque que resuelve todos mis problemas...

Gregorio la miró angustiado y bajó la vista, con un gesto de derrota.